





**SOBRE LA LUZ**  
**POESÍA MILITANTE**

Óscar de Pablo

© Óscar de Pablo

Octubre 2014

Ésta es una publicación de la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México y Para Leer en Libertad AC.

**[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)**  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.  
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.





## NOMBRE

¿Cuál es, después de todo, tu verdadero nombre?

¿Ése de los primeros documentos, el de aquella  
niñez innumerable  
que oscilaba  
de la risa al sopor entre jarabes, el del triste  
bautismo en agua fría, ese nombre pequeño de  
las letras enormes  
que no inventaste ni podías hacerlo, ni tenías  
permiso ni dientes ni tamaño,  
el de escuelas y novias y eternas vacaciones?

¿O alguno de los muchos con que enfrentas el  
mundo: ése que te encontró en tus primeras  
reuniones, como sin sorprenderte aunque lo  
hiciera; la sencilla palabra de hombre adulto  
que usaste en un principio como sombrero ajeno,  
ridículo y solemne como el niño que eras?, ¿el  
nombre que tomaste, fingiendo que fingías, y  
que entendías el miedo, el escondite (y en  
realidad comprabas tu orgulloso estandarte),  
el nombre que te sigue desde entonces, el que  
ha visto morir a tantos muertos  
con música de fondo de rabia y multitudes,  
con el que te bendice la calle conquistada, con el  
que te tutea la prensa clandestina, con el que  
te saludan las fábricas en huelga, tus nombres  
de partido, como dicen?

¿Cuál es, después de todo, tu verdadero nombre?

## SOBRE EL RITMO

*a Mumia abu Jamal*

Punta y repunta. La consciencia canta. Péndulo,  
tormenta y tumba. El mar zumba en la sombra  
y la garganta, en un solo momento  
que retumba.

Danza que avanza y danza  
que descansa. Sombra que asombra y sombra  
que seduce. Venganza que es tan negra que  
reluce  
en tambor y esperanza: escudo y lanza.

Condena, zaz, condena, zaz, condena: una  
cadencia como de latigazos. Mundo profundo  
el mundo  
de tus pasos; secuencia de eslabones de cadena.

Los esclavos de ayer, hoy condenados, de  
péndulo y tormenta que retumba; los esclavos  
de ayer, hoy incendiados, serán mañana  
libertad  
o tumba.

## ETIÓPICAS

Qué implacable verdad este conjunto  
arbitrario de células que mi nombre unifica, esta  
cambiante suma de fragmentos: ése  
que abrió los ojos al recibir el día, el que sale del  
baño rascándose la nuca...

pero cedo ante el tópico de las esencias  
y me proclamo uno: desde el verso primero,  
conjugo fatalmente en primera persona;  
aprovecho el instante para fingir que pienso,  
me incorporo distinto, denuncio la mentira de los  
pájaros, frente a ellos afirmo mi silencio, y  
así me reconozco:

El mundo ocurre, ocurre la materia dorada y  
crepitante, la materia se yergue, se desordena  
en órdenes complejos, bellezas fragmentarias,  
marabunta, ciega puesta en escena de lirismos  
autistas, universos privados, diminutos,  
siempre orgullosos de su misterio interno, sus  
mínimas Verdades Trascendentes, sus purezas  
que forman, consteladas, la asquerosa  
entropía del universo, esta mierda de mundo:  
decido pese a todo abrir mi puerta.

Salgo. Respondo a la retórica vacía  
del viento entre las hojas: escudriñar sus ecos  
como un lenguaje arcano, detenerme a trazar  
constelaciones verdes  
basta para probar mi cobardía, mi personal

secuencia de marasmo, inmóvil y ridícula ante  
el tiempo que ocurre: Pánico de no ser, terror  
que se disipa ante una sed cualquiera  
o frente a la idea misma del deseo. Recompongo  
en la práctica mi esencia  
y así me reconozco:

como el poeta que baja del Parnaso  
para encontrarse en medio de Avenida  
Cuahtémoc, puro y estúpido como recién  
nacido, sordo de infinitud, lúcido, quieto,  
empezando a entender, en su torpe ternura, el  
mensaje furioso de algún claxon:

Hacerse a un lado, claro, llegar a la banqueta,  
fecundar la ciudad y habitar en el día, ser un  
punto del día, descifrar el oxígeno esmaltado  
de roca, sobrevivir sin preguntarse nada, y  
aceptar la ciudad, la colonia Narvarte, como  
quien corta un higo verde y se lo come; darle a la  
calle una existencia plena  
al llenarla de pasos  
y entender que la calle me ocurre como el  
mundo, que la calle no existe hasta que yo la  
cruzo, que yo tampoco existo, que la calle no  
es sino mis pasos  
y yo peatón no soy sino la calle. Cuando llegue a  
la esquina  
seré otro.

Mas la calle no es medio sino fin, un movimiento  
rumbo al movimiento, un flujo rumbo al flujo,  
una búsqueda ciega  
cuyo solo destino es prolongarse, camino que no

lleva sino al camino mismo. Hay el ruido de  
lucha de un río que desemboca  
y la ciudad es eso. Mis pasos son la meta  
de mis pasos: hambre de nuevas hambres de  
mañana.

Miro el reloj, busco reconciliar el griterío de  
ceniza dispersa: ya son las nueve y veinte, y la  
esquina de Xola con Cuauhtémoc  
reclama su existencia, se constituye en términos  
concretos, erizada de ángulos  
donde un conjunto de materia orgánica  
se torna en ser humano por saberse sediento;

miro el reloj: antes de entrar al metro  
me compro un boing de mango.

## CANCIÓN PARA ADOLF YOFFE

Tu redonda palabra  
inauguró su rayo noche adentro, bruscamente de  
noche, bruscamente palabra, palabra abierta,  
negra, inapelable  
como un grito de mando; prefirió retumbar como  
una bala  
y sigue retumbando, siempre, y así sigue, y sigue  
retumbando.

Que nadie se pregunte  
por la palabra bala, la palabra revólver, por su  
brutal manera de perforar una sien, por la  
culata negra entre tus dedos blancos, por tu  
calle desierta, por tu caer de bruces, por el  
cráneo  
como una rosa abierta en tu escritorio, como una  
rosa abierta.

Tu marino argumento  
es la muerte insurrecta y remolida, tu muerte  
obrero y ronca, tu disparo, y la siempre  
palabra colectiva  
que vive y que retumba  
repetida en las muertes-rutina de los nuestros,  
por dentro de la tumba crepitante, por dentro  
de la tumba.

Ángel de la derrota, nacido armenio y muerto de  
universo, de puro universal, de puro puro;

una palabra tuya  
bastó para poner ronca por siempre, con apenas  
un grito, a la más rigurosa de las armas de  
fuego. Tu decisión fue un rito de ruptura, tu  
decisión fue un rito.

Resuena la palabra del disparo, su única palabra,  
y así queda vibrando, siempre, y así rueda,  
caracol, espiral, memoria, centro  
o palabra cercada  
de un invierno escarlata entre las ruinas, en cada  
camarada resonando, en cada camarada.

## SU CORAZÓN UN PÁJARO ESCARLATA

*Al Sacras*

Sin linaje ni escudero, pero arrojado en  
arrojo, sobre un corcel raudo y rojo,  
marcha el joven caballero. Rojo su yelmo  
de acero, rojo su escudo maltrecho,  
frente a la muerte al acecho, libera el  
mundo cautivo: un jilguero rojo vivo le  
canta dentro del pecho.

Desafiando el vencimiento, color rojo sobre  
rojo, son llamaradas al ojo sus banderas  
en el viento. Solo con su entendimiento,  
adolescente y guerrero, es puro como el  
acero con que hiere y con que mata,  
como el pájaro escarlata que canta su  
romancero.

¿Sin perlas y sin carey, por qué cabalga sin  
silla,  
y por qué no se arrodilla ni ante el Papa ni  
ante el rey? ¿Por qué le niega a la ley del  
reino su vasallaje  
si se rebaja ante el paje y ante el siervo es  
un sirviente  
por qué su altivo coraje ante el noble  
es insolente?

Brillándole en la armadura, ya dorada de  
tan roja, tendrá el destino que escoja

libremente su montura. La sombra larga  
y oscura del invencible jinete, alta como  
un minarete será un asalto rotundo  
que a los tiranos del mundo embestirá c  
omo ariete.

Los tiranos de la tierra quieren comprarle al  
jilguero.

Y al negarse el caballero,  
elige su propia guerra. Hoy galopa por la  
sierra y con sus cascos retumba  
un corazón donde zumba un ave roja y feliz:  
La verdad es su país, la noche será su  
tumba.

## MARCHA

Dejen juntarse las respiraciones, dejen  
que se oscurezca el cielo detrás de la parvada,  
oigan cómo el latir del pavimento, la sucesión  
de pasos y de pasos  
en este solo término insumiso, en esta misma  
grieta  
menor  
de la calle Madero, hace fluir la grieta con los  
pasos, se la lleva consigo hasta llegar al centro  
bajo el cielo en común de pasos anegado.

Los pasos y los pasos: ellos  
buscan su tacto en el tambor del polvo. He fijado  
el oído  
en un mismo resquicio debajo del torrente, y lo  
siento avanzar: nada tiene de absurdo.

Dejen andar la calle revuelta entre los pasos,  
déjenla entrar al Zócalo cantando.

## CORRIDO

El caballo no era  
de tablas de madera  
y no tenía forma de caballo.  
Salió de bajo un cerro  
y era todo de hierro,  
corriendo como el trueno tras el rayo.

El caballo traía  
una caballería,  
en una carga que, al contar, me arrolla.  
Yo estuve en la sagrada  
Ilión, que era llamada  
entonces Ciudad Juárez y no Troya.

Aquello no era el mar.  
O tal vez era el mar,  
pero agitaba arena en vez de agua.  
El rey cara de perro  
era Rodolfo Fierro  
y su rugir llegaba hasta Chihuahua.

Las armas resonaron,  
y de Torreón llegaron  
los doce mil centauros de Nogales.  
El de mirada fiera  
es Pánfilo Natera,  
terror de Priamo y sus federales.

Encendido de chiles,

era el Périda Aquiles  
Felipe Ángeles al galopar.  
Ángeles, y no dioses  
cuidaron de los roces  
a Odiseo en su silla de montar.

Odiseo en su silla  
se llamó Pancho Villa  
hasta que Zacatecas fue del fuego;  
pero no le hagan caso  
al cuento que les paso:  
el que me lo contó estaba ciego.

## UNA VENTANA ABIERTA PARA MUMIA

Vivo frente a una plaza. Son las cinco y al cuarto lo atraviesa de pronto el amarillo, la diagonal de luz que los árboles filtran, la pulcra trama por la que sube el polvo, decidiendo su rumbo, dibujando. Una ventana es eso: la simple decisión de no arrojarse afuera, cinco pisos abajo, o de arrojarse, si uno así lo quisiese; un estar simultáneo en esta breve plaza y en un cuarto alfombrado de desorden y humo.

El polvo sube igual, bailando, en una celda que no tiene ventanas, pero en cambio no hay forma de decidir cerrar ventana alguna y no ceder al impulso de echarse cinco pisos abajo: Un condenado a muerte no puede ni siquiera suicidarse, no tiene una ventana que cerrar, una ventana para seguir con vida.

Con mi pequeña voz, con mi pequeña firma, con mi pequeña parte en la lucha de todos, poeta sin ventana, yo te mando la mía.

## DE INTEMPERIE

Se precipita un denso tejido de palabras, de metal y de arena, para cubrir sudariamente el rostro  
que emerge de un retrato humano desde muerto.  
Rostro casi concreto, concreto casi carne, que se vive a sí mismo como muerto imposible, y no: se sobrevive. Fuiste un muerto sencillo, fuiste un muerto de tantos cuyo nombre sucede que conozco.

Viniste con el viento de naranjas y reses, ruta de los centauros. Eras un niño, eras esos ojos morenos de veinticinco años que viste ametrallar de luz en su negrura, de luz lineal y blanca, multiplicada y sucia, sólida en su destiempo, ojos moreno mora que se van aguilando, que se van combatiendo, que se fueron  
a ese país antiguo y vegetal que nace de la precaria eternidad en la que dormitaba, que despierta al desorden selvático del mundo, al olor de la pólvora y el cardamomo, y de pronto se ve lleno de historia:

Leyéndote las huellas, hoy, parece que llevabas tatuado sobre el pecho un mapa de laceraciones, parece que sabías que el océano es un surco arado por la sal,

una inviable vastedad de bosques  
y un modo permanente de morir de sed;  
América Central, una serpiente trágica que se  
alimenta y muere  
tragándose a sí misma cada día. País lleno de  
historia  
recién inaugurada.

Arden de pensamiento Las Orquídeas. La Sierra  
de las Minas  
es toda de nosotros, es toda suya hermano,  
teniente de lo indócil, toda suya esta selva de  
botas fatigada, comandante Yon Sosa. La  
ciudad  
es una tarde grana de tacto y estrategia, es una  
tumba toda  
de nosotros.

En cambio hoy, ahora, la añoranza posible  
cobra el sabor ridículo del tizne: queda sólo el  
papel que la lluvia despeina, queda sólo la  
sangre vuelta contra sí misma, debajo de la cal  
que pone a arder los muros, la superficie áspera  
del mundo. Queda  
solamente la piel de la frontera férvida,  
alambradas mostrándote los dientes, soldados  
de ambos lados  
esperando  
que te atrevas siquiera a salir un segundo.  
Quedan las líneas vueltas cicatrices, los trazos  
del café y del alto hierro, en los que descifró  
tu suerte mala, la tumba de tus líneas, las líneas  
de tu mano, Guatemala. Dicen que el trece

trae  
la mala muerte.

Y sin embargo mienten, qué jodidos, como dicen  
ustedes, compañero Lorca: mientras  
dure noviembre, con su alimento áspero de ideas y  
de intemperie, ocurrirá en nosotros,  
caminando, el futuro; mientras no se resuelva  
en un secreto abierto  
diciembre inexorable.

Compañero Granados, no te vayas, aguarda. Van  
a caer veintiocho, muchas veces veintiocho, e  
incluso tal vez más allá en Zacapa, y un  
capital confusamente armónico  
de cuarenta quetzales  
responderá, remontando la noche, que la vida  
está abierta y que la muerte, que la muerte  
está echada. Queda sólo el zumbido  
lejano de los tímpanos, queda sólo el rumor de  
los motores  
de un avión que despega, el griterío de espuma  
en común sepultura convertido, en  
multitudinario abismo líquido, en tumba  
gigantesca que no callará nunca  
su denuncia salada... pero marzo está lejos  
todavía: Anda a decirle a Eunice  
que se rinda, hermosa desde muerta y más  
hermosa  
que la palabra siempre, anda a decirle ahora  
que cierre la devota casa de su familia, que el 13  
no es su número de buena muerte, aunque lo  
sea de veras, aunque la esté esperando desde

ahora, debajo de la lluvia para decir su  
nombre, el nombre de su duelo personal, de  
su guerra y su suerte. Se precipita un denso  
tejido de silencios, músicas disonantes de  
humedad y diciembre  
sobre un océano mudo para enterrar tu cuerpo:  
un mar casi concreto, concreto casi  
agua, que se anega a sí mismo sin un puerto  
posible  
y no: no sobrevives. Fuiste un muerto sencillo,  
otro más cuyo nombre  
sucede que conozco, el nombre que nació de tus  
heridas  
de veinticinco años.

Termina en ti la muerte para multiplicarse, para  
ser en la vida toda de nosotros  
y desbordar sus términos acuosos. Ahora estás  
cumpliendo  
sesenta y seis destinos de caminar al sur, ruta de  
los centauros, sesenta y seis abismos de nacer  
en Chihuahua, muerto de sed y de deseo, de  
ganas  
de atragantarte a tiros de turbiones, sesenta y  
seis derrumbes  
de estar vivo. Sí: En el último verso escribí: “de  
estar vivo”, como si no supiera  
que hace ya cuarenta despedidas a gritos  
un huracán de botas te negó la vejez  
y te detuvo en esto: Año 66, Ciudad  
de Guatemala, fotografía de un joven ya  
desaparecido  
de veinticinco años. Fuiste un muerto de tantos,

nada más, nada menos, otra semilla nuestra  
casi anónima, para llenar de selva el fondo de  
los piélagos, la vastedad estéril del mar  
siempre sonante, otro cartel  
cuyo nombre sucede, otro retrato muerto  
todavía: David Aguilar Mora, qué vida fue la  
tuya, tan de todos.

## NADIE (QUE YO CONOZCA) ES TOLOMEO III

Y, sin embargo, ay, vivimos empeñados  
en aumentar la gloria de la dinastía Lágida,  
    llevándole al tercero de los Tolomeos, el  
    llamado Everjetes, desde un sur casi mítico de  
    puro verde, centenares de miles de elefantes.

Centenares de miles. Este martes quisiera pedir  
    prestado un coche  
y llevarte a comer carnitas a Huichapan. Este  
    martes quisiera, pero es martes  
y alguien debe llevarle a Tolomeo III, el llamado  
    Everjetes, sus miles de elefantes.

Lo sabe todo el mundo. Por eso nadie va a  
    prestarme un coche.

Centenares de miles de elefantes. Centenares de  
    miles de máquinas de guerra  
enhuestas de marfil y blindadas de lodo. Con  
    ellas el Egipto  
de los hijos de Lago  
será temido hasta por los seléucidas. Centenares  
    de miles de huracanes cuadrúpedos, en los  
    que late acaso un corazón gentil, pero que  
    afuera llevan el peso incontenible  
de un tanque acorazado. Centenares de miles de  
    máquinas de guerra.

Amo el cielo de plata de cuando acaba Hidalgo  
y el olor a carnitas. Quiero una carretera

despejada  
en la que puedas otra vez contarme  
lo que escribió Agatárquides de Cnido. Pero yo  
te lo dije: este martes no puedo. Quizá en  
Semana Santa. Todos saben que el martes  
que sigue cae en martes. Y Tolomeo no pide que  
me case, pero sí que me embarque.

Todos sabemos bien que un elefante solo, que  
trasladar por mar un elefante solo, requiere de  
una nave de tremendo calado. Y todos saben  
bien que el piélagos eritreo, donde el verde  
Sudán moja sus playas, es arenoso y  
demasiado bajo, apto tan sólo para las más  
leves

barquichuelas de remos. Todos nosotros, todos,  
y también Agatárquides, sabemos de memoria  
estas verdades. Mas Tolomeo III, como bien dice  
el título, que yo sepa no es nadie. Nadie  
que yo conozca. ¿Qué sabe un rey de naves, de  
arenas y de vados? Cántame una canción,  
aunque sea de tus tiempos. Cántame una  
canción. Que a lo mejor así  
nuestra nave no encalla.

Aquí en las aguas verdes del Sudán, el mar es  
demasiado  
profundo para un hombre  
y demasiado bajo para un barco de carga. Al  
encallar la nave, la arena la rodea  
y la va convirtiendo poco a poco en islote. Lejos  
del continente: demasiado. Es un lugar  
magnífico para que 12 hombres

y un inmenso elefante henchido de cadenas  
hagan del sol y el hambre su tumba colectiva.

Tienen suerte los débiles; son ellos los  
primeros en ser ejecutados, para economizar  
los víveres y el agua, porque así los que quedan  
suman a sus pesares  
tiempo y remordimiento  
y tampoco se salvan.

¿Ya ves, ya ves? Te dije  
que este martes tenía  
ganas de ir a Huichapan. Cántame una canción.

A lo mejor así dejo de oír las voces  
de los seis compañeros que matamos  
a cambio de una prórroga inútil de seis días.

Miles de expediciones como ésta, miles de  
martes muertos y encallados. Pero que siga el  
ciclo: por lo menos algunas  
docenas de entre todos  
podrán llevarle al rey  
su carga de elefantes.

## MARINEROS

Y el mar es la ciudad hecha de lucecitas. Y su  
marea lo va  
desenredando en mares. Y es también un  
desierto que se crispa de flechas, de luces y de  
espumas. Y se alza de cerveza. Y se queda  
dormido como un tronco. Y despierta ciudad.  
Y son veinte millones de arcos tensos, cada  
uno con su flecha. Y es una maquinaria. Y es  
una enredadera estrangulada  
por su trama de hilos.

Por su trama de hilos de espuma. Y esta espuma  
que gira en la obstinada danza de los carretes. Y  
la ciudad se estorba. Y camina y da vueltas de  
atolondrado engrane. Y existe solamente en  
ese estorbo. Y es su coreografía. Y es aquí  
donde escribo mi mensaje. Y donde, arquero  
yo entre los arqueros, disparo a las alturas mi  
bengala, y donde lleno el cielo con esa misma  
espuma. Y la ciudad es parte de otra ciudad  
mayor. Y hacia arriba es también inabarcable.  
Y es el Océano Mismo. Y es un valle industrial  
de carretes de hilo.

De carretes de hilo verticales  
y tensos. Y unidos por la espuma,  
telegráficamente. Y el mar es la ciudad y la  
ciudad lo es todo. Y no existen los puertos. Y  
no existen acciones importantes

que por su magnitud se basten a sí mismas.

Y la tragedia ya no puede imitarlas. Y por eso esta  
épica de los carretes. Y por eso esta época de  
los engranajes.

De engranajes y son las ocho y cuarto  
de la mañana en punto. Y de la planta sale un  
olor amarillo. Y una peste de mar. Y es un mar  
que se pudre  
entre cuatro paredes. Y casi es una espuma. Y  
casi es un rocío. Y es una brizna tibia y es  
como la cerveza, pero su olor da asco. Y el mar  
es la ciudad y, en este mar, y en las cuatro  
paredes de esta nave fabril, huele casi a  
cerveza. Y a deshechos. Y a químicos. Y a  
orina. Y a taparse la cara y las narices. Y es la  
brisa marina la Modelo.

La fábrica Modelo y, en unas ocho horas, la  
marea cambiará. Y el turno cambiará. Y casi  
será sábado. En este mar que es casi una  
ciudad. Y entonces serán casi  
nueve horas  
de estar oliendo a químicos y a orina. Y a terrible  
cerveza. Y de estar recibiendo esta brizna en la  
cara.

Esta brizna en la cara terminará a las cuatro. Y  
acabarán entonces engranes y paredes. Y  
saldrán ya sedientos como los marineros  
quienes ahí trabajan. ¿Y qué beberán luego? Sé  
que se inmolarán y contendrán el vómito. Y  
beberán cerveza.

Y beberán cerveza, y no vino ni wiskey. Y  
volverá ese olor. Y se lo pondrán dentro. Y  
será casi igual a aquella peste. Y el lunes otra  
vez regresarán a olerla. Ya mezclada con  
químicos, regresarán a olerla. Y ya en ningún  
lugar será la tierra firme. Y serán para siempre  
marineros. Y serán otra vez casi las ocho. Casi  
las ocho y es así la ciudad.

Y es así la ciudad y es el Océano Mismo, el  
océano sin bordes. Y no existe la tierra. Y sólo  
existe el mar y esta luz de bengala  
que lleva arriba el mar, arriba el mar también  
inabarcable. Y esta luz de bengala que disparo  
sabiendo, desde un millón de arcos, que  
disparo, sabiendo que no hay puertos. Y que  
sólo hay un náufrago en busca de otros  
náufragos  
que compartan con él su ciudad y sus náuseas,  
su sed de marineros. Marineros que somos,  
porque somos, porque aquí todos somos  
marineros.

## EL MESHUMAD Y LOS LÍMITES

I

No es relevante el siglo y sin embargo  
la rebelión fallida de Bar Kobja  
dobla aún como fardo la espalda de los viejos  
(calculo, en consecuencia, que transcurre  
lo que, para los goyim, es el siglo segundo). No  
es relevante sin embargo el siglo. Bien podría  
haber aviones marcando las arrugas  
en el gesto guerrero del Dios de los desiertos. No  
es relevante el año ni es relevante el mes. Es  
relevante en cambio el día de la semana. MEIR:  
*Es sábado, maestro, y nuestra Ley prohíbe  
montar en animales.* EL OTRO: *¿Y crees que no lo sé,  
joven amigo? Por eso habrás de acompañarme  
andando. Yo avanzaré en mi mula a paso lento  
y así conversaremos.* No es relevante el año ni es  
relevante el mes. Es relevante en cambio  
el día de la semana. El joven Meir camina; sus  
pasos en el polvo se suceden  
marcando los compases de una música antigua  
como las estaciones. El Otro, su maestro, trota  
cansinamente en una mula. MEIR: *¿No es acaso  
el poeta amigo vuestro? Entonces, contestadme: si  
es vuestro nombre Elisha ben Abuia, ¿por qué  
aceptáis que estas acotaciones  
os designen El Otro, peyorativamente?* EL OTRO: *¿No  
me llaman así mis compatriotas? No veo por qué el  
poeta deba darme otro nombre. Y además, joven  
Meir, piensa en esto: si el Señor me creó Elisha ben*

*Abuía, ¿no es una hermosa travesura mía  
haberme recreado yo mismo como El Otro  
en la piadosa boca de Su pueblo elegido? Distante en  
el futuro, igual que los aviones, igual que el  
Dios abstracto, sin nombre, del desierto, el  
discípulo entiende  
que el viejo no desea  
más que escandalizarlo. Y por eso no pierde  
los estribos. MEIR: ¿Decís que fue mi gente  
quien decidió el apodo? ¿Ignoráis que fue Él  
quien os puso ese nombre  
cuando vos decidisteis declarar  
que no habrá juicio alguno porque tampoco hay juez?*

## II

Según dicta la Ley, quien obedece al padre vivirá  
largos años. Yo era considerado  
el rabino más sabio y más piadoso  
cuando el pastor Samuel vino a buscarme. Vino  
chorreando en medio del desierto, con los ojos  
vacíos de puro llanto  
y su niño sangrante muriéndosele en brazos. El  
buen pastor Samuel había mandado a su hijo  
a trepar a los altos ramajes del olivo  
para espantar los pájaros y resguardar los frutos,  
según dicta la Ley. Abajo, muy abajo, las rocas  
puntiagudas, sedientas, lo esperaban. El niño  
obedeció  
y aquello fue lo último que hizo. Con los ojos  
vacíos, el pastor me exigía que le explicara  
la arbitraria sentencia de nuestro Juez Supremo,  
tan contraria a Su Ley. Yo no le dije nada. Mas  
después de escucharlo vaciarse largo rato, y

llenarse de gritos y volverse a vaciar,  
no conseguí decir  
más que una frase seca y desconsoladora: *Leit*  
*Din veleit Daián*. No existe juicio alguno,  
porque tampoco hay juez.

### III

No es relevante el siglo ni es relevante el año.  
Bien podría haber aviones arañando los cielos  
del desierto. Es relevante en cambio  
el día de la semana. Según dicta la Ley, en  
sábado no deben trasponerse  
los límites del pueblo que uno habita. EL OTRO:  
*Detente Meir. Debes dar marcha atrás.*  
*Discutiendo conmigo, olvidaste medir*  
*lo largo del camino que llevamos andado. Yo he*  
*calculado el paso de mi mula*  
*y sé que en este punto*  
*infligirías la Ley si me siguieras.* MEIR: *¡Volved,*  
*volved conmigo! ¡No es demasiado tarde! Al evitar*  
*que yo traspusiera los lindes, habéis mostrado una*  
*piedad profunda*  
*que Dios y nuestro pueblo tomarán en cuenta. Os*  
*garantizo que seréis perdonado.* Al escuchar  
aquello, El Otro se sonríe conmovido. Como si  
nunca fueran  
a atravesar el cielo los aviones, se apea de su  
montura y abraza a su discípulo. No es  
relevante el siglo ni es relevante el año. Es  
relevante en cambio el día de la semana. EL  
OTRO: *Sé que es Dios quien me ofrece el perdón*  
*por tu boca, quien me invita a volver junto a ti con*  
*mi pueblo; mas debo declinar, pues mi destino es*

*otro. Regresa a la ciudad, amigo mío. Aquí nos despedimos. Y se monta en la mula nuevamente y, sin mirar atrás, continúa su camino.*

## CANCIÓN DEL GRAN PUERCO CELESTE

*con música y olor de circo*

¡Pasen, pasen y pasen, damas y caballeros! Pasen  
que cosa nunca, nunca cosa  
en la porcicultura, se vio jamás criatura  
más hermosa. Los altos cazadores lo bajaron del  
cielo, apenas lechoncito con aureola y con  
arpa. Ya entonces requirió  
su propia carpa. Pasen señores, pasen  
monaguillos, niñas del internado y marineros,  
ya verán que bien vale  
sus dineros. Damiselas y vagos, no teman ese  
olor a imperio decadente. Nunca han visto  
otro puerco  
tan esplendente; pues siete hermosas chicas,  
dulces a manos llenas, se dan abasto apenas  
para cubrir sus lomos infinitos  
de perfume y moñitos  
y autoestima sexual  
antes de las funciones. Comprobadas doncellas,  
todas ellas. Y siete labradores, de los más  
industriosos, cosechan para él por las  
mañanas  
latifundios enteros de manzanas. Pasen a  
deslumbrarse, viejos de nuevo ingreso,  
morosos, cobradores. Los siete labradores  
cosechan sólo eso. ¡Niños y señoritas, padrotes y  
madamas, nunca consumió un puerco  
tal mundo de manzanas! Pasen a verlo, pasen.  
Siete braceros siete, de los más fortachones,

limpian diario sus heces  
por galones. Pasen videntes, pasen invidentes,  
estudiantes de leyes y viejitas golpeadas, a ver  
a siete obreros  
palear sus toneladas  
de excremento y orines. Pequeñines, violadas,  
jesuitas y seglares: Sus abundosas carnes  
podrían alimentar  
hasta veintiún hogares. Pasen a ver el hambre de  
las siete doncellas, los siete labradores y los  
siete braceros. Pasen a contemplar con qué  
nobleza  
los veintiún miserables le peinan la cabeza.  
Cómo no se deciden al degüello, cómo no se lo  
comen, cómo se mueren de hambre y cómo se  
desviven. Pasen a ver, damas y caballeros,  
cómo no se deciden.

## CANCIÓN SIN GANSOS

Blanca como un cuchillo en el pan negro, blanca  
como un cuchillo, la  
cuidadora de gansos  
heredó, en vez de gansos, un léxico semítico  
para entonar apenas cancioncitas tontas  
y dulces como gansos; pero no supo hacerlo, la  
pobrecita muchacha, la  
cuidadora de gansos.

Y en lugar de canciones plácidas como gansos, la  
cuidadora de gansos  
armó con ese blando diccionario heredado, dulce  
como un cuchillo sin apenas saberlo, una  
sangrienta saga siderúrgica, plural como  
tonante retahíla de pasos, como un tambor de  
estaño desbordando la acera, o una  
ensordecidora cabalgata  
de multitud y dientes: pobrecita, blanca como un  
cuchillo en el pan negro, la  
cuidadora de gansos.

Al oír el estruendo  
de pasos, los soldados  
acudieron corriendo a la muchacha, la  
cuidadora de gansos  
y al ver que no había gansos la tomaron  
por un imperio hostil. Aspiraba a dormirse  
como una almohada blanca, la  
cuidadora de gansos, blanca como un cuchillo

desnudo en el pan negro, pero la  
confundieron los sensibles  
oídos militares  
con una renegrida división de obuses.

Y entraron en su cuerpo diminuto  
como en la capital de un imperio enemigo: Bruja.

Bruja y puta judía, negra como un cuchillo  
que untara en el pan negro una lengua de nata.

Le rompieron los pómulos, las calles. Bruja.

Negra puta judía. Derrumbaron sus viejas  
sinagogas

y sus pobres caderas, sus rodillas de leche  
diminuta, de

cuidadora de gansos, negra negra, y desgarraron  
pechos y pendones. De su cuerpo menudo  
de mujer, no quedó piedra viva sobre piedra.

Como no tenía gansos, la  
cuidadora de gansos

no pudo esparcir plumas. Concentraron en ella el  
vuelo de las piedras

y ella no tuvo plumas, piedra piedra. Quería ser  
una almohada blanca como un cuchillo, y  
difundir su muerte, dulcemente, con el viento  
de Europa. Pero no tenía plumas, porque no  
tenía gansos, la

cuidadora de gansos. Para sus ratos libres, la  
cuidadora de gansos

tenía un jardín de rosas, la

cuidadora de gansos

y Europa quedó sucia, pobrecita, y blanca con  
sus pétalos.

## CANCIÓN DEL QUE TE NECESITA

Sabes exactamente lo que va a suceder. Si aguzo  
los oídos, si me acerco, podré escuchar el  
tiempo transcurrir por tus venas: los minutos  
calientes, las succulentas horas que suben a tu  
cara

no bien menciono el hambre que tu aroma  
despierta. Eres joven y grácil  
y en los ramajes verdes de tus venas  
hay décadas enteras que puedes entregar, como  
manzanas frescas, a quien sepa tomarlas.

Sabes exactamente lo que va a suceder. Sabes que  
vas a abrirme la ventana  
y después los botones de la blusa celeste  
que protege tu cuello; porque conmigo traigo  
una hambruna de siglos  
pendiente de la danza de tus días y tus noches.  
De ti lo quiero todo  
y todo cuanto tienes es reductible a tiempo. De tu  
cuerpo caliente se levanta  
un olor bermellón, olor de tiempo, olor a cuello  
virgen que anhela mi mordida  
para entregar su flujo balsámico de instantes.  
Sabes que vas a abrirme la ventana  
para que en mi avidez yo reciba tus horas,  
inútiles y vivas, e (indispensablemente para ti)  
las digiera  
en objetos inertes: en calcetines nuevos o en kilos  
de tortilla, en tiempo coagulado en cosas

muertas. Así podré nutrir  
con tu vida esta muerte que ahora vivo  
y he de vivir por siempre hasta que llegue el día  
(lejano, inexorable) de la estaca y el mazo.

Sabes exactamente lo que va a suceder. Porque  
soy tiempo muerto que sólo se reanima  
sorbando tiempo vivo, de ti lo quiero todo. De ti  
lo quiero todo, pero no te preocupes: Pues soy  
un caballero, le pondré una sordina a mi  
concupiscencia  
y beberé tu horas sólo en medidas justas:  
sensatas, razonables: Unas ocho horas hoy,  
otras ocho mañana: cuarenta hasta el domingo  
basta  
para saciarme el hambre y mantenerte viva  
el tiempo suficiente para criar una hija, fresca y  
llena de tiempo, capaz de remplazarte,  
anciana, en mi deseo. No lo tomes a mal. De  
algo he de alimentarme  
cuando tú ya estés seca.

Sabes exactamente lo que va a suceder. Sabes que  
vas a abrirme la ventana.

## OTRA CANCIÓN CON CERDOS

Para cerrar las puertas del país a la peste  
extranjera, ayer la ley civil y la ley del Profeta  
(bendito sea su nombre) se pusieron de  
acuerdo. Y hoy los trescientos mil cerdos  
de Egipto  
fueron sacrificados. Las milicias entraron en las  
granjas  
y, trescientas mil veces, oyeron a los cerdos  
chillando como infieles  
y a los infieles coptos chillando como cerdos, y la  
sangre y las lágrimas  
fluyeron por las puertas de los cristianos pobres  
que adoran la impureza e insisten en vivir -gente  
de la basura- de la impúdica crianza del  
ganado porcino. Pero ya nunca más. Hoy los  
trescientos mil  
cerdos de Egipto  
fueron sacrificados por decreto oficial, para que  
Alá nos guarde de la peste extranjera.

El Cairo olía a jazmines hasta ayer; hoy olió  
a humo. Hoy los trescientos mil cerdos de  
Egipto  
pasaron a ser humo. Humo purificado por el  
amor del fuego. Las bocas de los puros  
aborrecen  
las sobras y desechos. Las sobras y desechos de  
las casas de El Cairo  
fueron siempre limosna que los fieles dejaban

a la codicia de los infieles coptos. Porque hasta  
antes de ayer, cuando los emisarios  
trajeron las noticias de la peste extranjera, los  
coptos comían cerdos. Y los cerdos basura.

Los sabios del gobierno supieron que era tiempo  
de ser gratos a Alá (bendito sea su nombre) y  
pudieron prever que la indigencia  
de los porcicultores, privados de sus cerdos,  
permitiría a los fieles ejercer, más generosa y  
vasta, la limosna.

En las calles de El Cairo, hasta ayer no crecían las  
pilas de basura, pues en las madrugadas los  
criadores de cerdos  
pasaban con sus carros  
y cargaban con todo y lo llevaban  
a sus chozas inmundas del barrio de los coptos.  
Y El Cairo era de Alá y olía a jazmines. Hoy  
los trescientos mil  
cerdos de Egipto, convertidos en humo, dejaron  
de comerse los deshechos  
de las casas de El Cairo  
y la basura crece como un nuevo bosque por las  
calles. Porque los cerdos coptos eran la  
digestión  
del Cairo musulmán, hoy toda la ciudad se  
pudre en la basura. Hoy los infieles mueren de  
indigencia  
y los creyentes mueren de las pestes locales (pero  
no de la peste que asola al extranjero,  
porque Alá los protege  
y Alá está complacido).

## CORDERO CON ORZO AL ESTILO DE CHIPRE

a ver vamos a ver veamos  
sin que pienses en nada  
*la espalda deshuesada de cordero*  
*descongélase* sin que pienses en nada  
*póngase un diente de ajo*  
*debajo*  
*del cuchillo*  
*y el firme puñetazo*  
*apuñaílese entonces la espalda varias veces y*  
casi con ternura *frótense sus heridas con el ajo*  
no olvides reportarte que los amigos sepan  
*el ajo triturado* que esta noche llegaste a salvo a  
casa

a ver vamos a ver veamos  
*ahí se sella con el fuego más alto*  
*la carne con aceite y con cebolla picada*  
*finamente* qué ganas  
de rezar  
*por sesenta segundos cada lado* *no más*  
*atención al reloj* y la cabeza fría  
qué ganas *por sesenta*  
*segundos nada más* y afuera el tehuacán y la  
picana  
y el corazón caliente y las heridas abiertas  
*se añade algo de sal* las heridas abiertas  
*un poco de pimienta* y ninguna ilusión  
en las instituciones del estado *sal gruesa*  
*si es posible* si es posible pensar  
en otra cosa

a ver vamos a ver veamos  
*en alguna bandeja refractaria se ciernen*  
*los setecientos gramos de puré de tomate*  
no uses tu propio nombre no conozcas los  
nombres  
*perejil y tomillo y una hoja*  
los nombres de los otros *de laureles sin gloria*  
*la cebolla salteada*  
*una pizca de azúcar y algo más de pimienta*  
*la espalda de cordero con la piel hacia arriba*  
*en la bandeja con tomate y especias*

ellos tienen más miedo y con razón  
*y papel de aluminio para cubrirlo todo*  
*con el lado brillante para abajo*  
verificando siempre en la ventana  
*bien apretado hasta cubrirlo todo*  
*con el lado brillante para abajo*  
que no haya policía

a ver vamos a ver veamos  
*precalentado ya sin sentir nada*                      *ciento*  
*sesenta grados precalentado ya*  
en lugar de rezar abrir el recetario  
*abrir el horno pensar*  
en otra cosa  
*y la bandeja al horno y confiar nada más*  
*atención al reloj atención al reloj*  
en la gente común en los trabajadores  
*tres horas en el horno cuando mucho*  
en su valor                      abrir                      el recetario  
su solidaridad y su instinto de clase

*entonces retirar el exceso de grasa  
e incorporar el orzo  
un cuartito de kilo tienes que respirar  
un cuartito de kilo u otra sopa de pasta  
tienes que contactar al sindicato  
y otros quince minutos en el horno  
su generosidad porque si no  
su generosidad verificar la sal  
porque si no                    si no son generosos  
preséntese adornado con ramitas frescas  
si no son generosos    de tomillo y romero  
si su organización no nos defiende  
de tomillo y romero    nos jodieron y ya  
con una copa llena de buen tinto  
y en un plato caliente nos jodieron  
y ya  
que lo disfruten*

*A gente como Leticia*

## EL QUIJOTE DE TOMÓCHIC

Nada hay para quemarse en el desierto, excepto  
por el cielo. Por eso el amplio cielo  
de Chihuahua  
es un enorme incendio sin humo ni cenizas. Es  
un quemarse largo sin crepitaciones  
que no conoce márgenes ni ruido. Nada hay en el  
incendio sino el incendio mismo. El cielo de la  
sierra  
de Chihuahua  
es una espada blanca, insomne, interminable,  
que cuelga vertical desde lo alto. Si en tu juicio  
prendiera su fuego silencioso, si su ruego  
incendioso despertara, verías también alzarse  
a la santa de Cabora, verías también surgir a  
sus rancheros, apóstoles del Winchester en  
ristre, cabalgando entre el fuego  
celeste  
de Tomóchic.

Hay que detener esto.

Tiene 18 abrilés Teresita. Y ya es fuego en el  
cielo. Nunca he estado en Cabora, que está a  
siete jornadas de Tomóchic. Nunca he estado  
en Cabora, pero dicen  
que Teresita es llama que sana a los valdalos, que  
da vista a los ciegos y razón a los necios. Dicen  
que Teresita nunca ha estado en Tomóchic,  
pero que lo conoce como a su bajo vientre:

puede ver en su ombligo la fuente pequeñita  
de la calle central, y el bosque de huizaches  
rizados que hay al sur, ensortijándole la ruta  
al pubis. Lo jura por la cruz, lo jura Cruz. Cruz  
Chávez trae el fuego  
del cielo en la garganta. Dice que Dios lo dice.  
Cruz lo dice. Misma cosa la lengua, el corazón,  
misma cosa la lengua  
incendiada de nubes, de tierra arrebatada, de  
Creel y de Terrazas en su infierno sin fuego:  
lengua helada, lengua sin corazón. El corazón  
de Cruz es en cambio el incendio  
del cielo. Como incendio, como incendio crepita  
sólo en su corazón. Que lo repita el rifle que  
carga y que descarga, que lo repita el rifle  
de  
repetición. Hay que detener esto.

Ay, santa de Cabora, Teresita,  
dile a don Luis Terrazas  
que en vez de tierra en su camino hay brasas.

Anda, Teresa Urrea, mi muchachita  
convertida en fusil,  
dile que aquí te espero, Enrique Creel.

Hay que detener esto: el incendio de rifles en el  
cielo. Hay que borrar del mapa sediento de  
Chihuahua  
el nombre de Tomóchic, extinguir hasta el polvo  
su sermón de balazos,  
su delirante prédica de rifles, el nombre de su  
santa, el nombre de ese fuego de sus cielos, el  
nombre de su voz.

Ocho años más y empieza el siglo veinte. El  
incendioso cielo, la santa de Cabora  
y, en su sexo Tomóchic, parece incompatible  
con la noción científica del orden. Y sin embargo  
arriba, el cielo de Tomóchic  
arde en el vientre joven de la santa, arde  
garganta adentro de Cruz Chávez, arde  
centuria rústica de rifles, arde sólo en cien  
rifles erizados de gritos  
que se figuran santos. Hay que detener esto.

Viene Cruz contra Cruz, con tropa buena,  
truenas, galopa y Cruz,  
galopa y truenas.

Viene el general Cruz con buena tropa,  
Todo Felipe Cruz  
truenas y galopa.

Hay que decirlo de una buena vez: el general que  
envían, el cruel Felipe Cruz, el implacable  
veterano de tantas y de tantas, vine a bajar del  
cielo los fuegos de Tomóchic, a preñar a las  
niñas y a colgar a los hombres, y a colgar a las  
niñas preñadas por sus hombres, viene a bajar  
del cielo hasta las chozas  
el fuego de Tomóchic, a tirar su edificio de  
piedras incendiadas  
hasta fundar aquí las ruinas de Cartago. Hay que  
decirlo de una buena vez: el general Felipe  
ha sido amigo íntimo del Dios de los Ejércitos,  
peleó junto con él la Guerra de Reforma, y su

esposa y su esposa son comadres: La madre  
de sus hijos es madrina, nada menos que del  
hijo de Dios.

Dicen que bebe un poco. Dicen que ha  
consumido litros de fuego blanco,  
que con su sola boca, litros de sol quemante,  
desde que con sus tropas dejó Cuidad  
Guerrero, antes Villa Aguilar.

Ay, Teresita santa de Sonora,  
ciégalo con tu luz  
y enloquece al pelón Felipe Cruz.

Ay, santa Teresita de Cabora  
conviértete en sotol  
y haz que le ardan los sesos con el sol.

Y sí: Felipe Cruz, el general, expuso la cabeza, ya  
llena de sotol, al hachazo del día. Y entonces,  
para colmo, salió también la luna: Entonces  
Teresita de Cabora, convertida en sotol se le  
metió al cerebro. Entonces vino un fuego de  
leyenda, molinos de maíz, ejército de sanchos.  
Al tocar las afueras de Tomóchic, mandó  
Felipe Cruz cargar contra una milpa  
cortarle la cabeza a cien elotes, cien apóstoles  
locos disfrazados con granos amarillos, con  
máscaras perfectas de mazorca  
y olor tierno a cosecha, que a él no lo engañaban.

Quijote federal y analfabeto, no borracho de  
libros mas borracho, andante caballero, Felipe  
Cruz, cruzado, creyó arrastrar por los cabellos

sin excepción a todas  
las dulcineas rancheras del Toboso Tomóchic (y  
en su puño quedaron sólo pelos de elote).

Y sus soldados, nada, ¡disciplina! Ejército de  
panzas. Mi general ordena  
la carga de los sables, y por mí, pues mejor. Si él  
dice que vencimos, pues vencimos. Ésas son  
las batallas que me gustan: Victoria coronada  
con esquites.

Al día siguiente en Palacio Nacional, el Dios de  
los Ejércitos recibió un telegrama: “Las armas  
nacionales se han cubierto de gloria. Punto.  
Sometime Tomóchic sin una sola baja. Punto.  
No hicimos prisioneros”:

El Dios de los Ejércitos debió sentir adentro  
un incendio de cielos igual al de Tomóchic, un  
incendio de rabia sin márgenes ni ruido,  
cuando supo que el parte que enviaban de  
Chihuahua  
no era más que un delirio de borracho.

¿Puede Dios Padre mandar a fusilar  
incluso a su compadre? ¿Puede saciar su sed con  
degradarlo  
con arrancarle estrellas y galones, y enviarlo a un  
calabozo de San Juan de Ulúa  
por el resto del siglo?

Ay santa Teresita de Cabora,  
protege al general  
con un largo delirio de mezcal.

No dejes que le llegue ya su hora,  
ni desoigas su ruego.  
No le quites de adentro nuestro fuego.

## ÉRAMOS RATONES

Temblando en un rincón de casa de mi madre,  
allá en la casa enorme de mi madre.  
Mi madre, una princesa  
sin príncipe y sin rey, ya entonces era frágil  
como una veladora; su casa era un rincón  
adentro de su casa. Dentro, llena de miedo,  
repartía a sus dos hijos  
vestigios ínfimos de azúcar y de queso. Siempre  
fuimos ratones  
allá en la casa enorme de mi madre. Los tres nos  
ocultábamos en los resquicios, soñando con  
veneno para ratas, pues éramos pequeños  
e indeseables ratones, allá en la casa enorme de  
mi madre.

No sé quiénes serían los verdaderos dueños, de  
aquella casa enorme de mi madre. Los  
verdaderos dueños de los que había que huir,  
no sé quiénes serían, allá en la enorme casa  
enorme de mi madre.

Acaso los ratones.

## SOBRE LA LUZ

Mírate nada más: Ninguna luz proviene del dolor del agua. Óyete recorrer su trama área de pájaros cableados, del dolor de la carne al dolor de la vista, de la lágrima al ojo, torre a torre. Mírate nada más, flujo de salamandras, duro rumor de ajeno, leche vertiginosa y avispera. Arráncale a la rabia un respirar de azúcar

y exígele a los ojos de la ciudad que callen, que enmudezcan de amor los reflectores, que los tranvías reposen como rinocerontes

y que la tubería de los cruceros haga cerrar el chorro tricolor del semáforo. Que se ponga de pie la presa de Necaxa.

En la ausencia de luz, las orejas cerradas florecen como huelgas, las huelgas como orquídeas. Debajo de la sombra, flores de la ciudad, se abren las vulvas

y ciegas agudizan su sentido del tacto. Su oscuridad y su fragancia arriba;

arriba su calor; *el switch*  
*abajo*

*en defensa del trabajo.* Basta ya de correr del dolor de la carne al dolor de la vista, esta carrera ajena de la lágrima al ojo. Basta ya de fluir

por este interminable pentagrama

con zapatos de pobre atados como notas, hacia  
una luz ajena. Que no y que no y que no.  
Ninguna luz proviene del dolor del agua.  
Toda la luz proviene del dolor de esta carne  
que de tanto callarse está callosa. Mírate nada  
más, manos de pobre.

Mírate nada más. Deja que tu silencio, hecho de  
bocas, grite  
nuestra luz, nuestra fuerza: que nuestra Luz y  
Fuerza no está en venta; si no quieren oír  
cómo se abre  
la noche de la huelga como una vasta orquídea;  
que vayan a vender a su chingada madre. Que  
aquí no se ve nada; que aquí sólo transcurre  
un gato gigantesco  
hecho todo de sombra, de asombro entre los  
cables; que aquí sólo se arrastra  
un callar detenido de vagones del metro  
y nadie llega a tiempo a dar su plusvalor; aquí no  
se ve nada; aquí sólo se siente la sonrisa,  
callosa y callejera, de una multitud nueva que  
escucha con los puños  
y que sabe orientarse y caminar de noche; aquí  
sólo se escucha un canto eléctrico  
y el mugido del búfalo masivo; aquí, *aquí se ve  
la fuerza  
del SME.*

## LA TLANCHANA

FALSTAFF:

Haciendo a un lado tu condición de mujer, eres  
por el contrario una bestia.

MRS. QUICKLY:

¿Y qué bestia soy, canalla?

FALSTAFF:

¿Que qué bestia? Pues una nutria.

PRÍNCIPE ENRIQUE:

¡Una nutria, sir John! ¿Y por qué una nutria?

FALSTAFF:

Pues porque no es carne ni pescado, y un  
hombre no sabe por dónde tomarla.

Desde el fondo sin fondo de su boca chimuela,  
como niño de pecho  
llora loca de hambre tu guitarra. Prendida de tus  
yermos pezones pide a gritos  
un sorbito de savia, un bocado mordiente  
en la carne amarilla del maíz, de la carne  
amarilla de la carne. Reducida a su espacio de  
huesitos de piedra, reducida a huesitos: tu  
guitarra.

*Lo cantan en la piedra los canteros  
de Metepec, Calimaya y Toluca: decir tlanchana es*

*dar una advertencia. La tlanchana  
vive en el agua de los ríos, pesca en el aire; es de mujer  
su carne del pubis a la voz, y de bestia marina del  
pubis hasta el fondo. De la boca hacia fuera, tiene la  
voz de ángel. De la boca hacia adentro, un hambre  
de demonio.*

Las mercancías vienen al mundo bajo la forma de  
valores de uso o cuerpos de mercancías:  
hierro, lienzo, trigo, etc. Es ésta su prosaica  
forma natural. Sin embargo, sólo son  
mercancías debido a su *dualidad*, siendo  
simultáneamente cuerpos y valores. La sirena  
está encantada

porque desobedeció; nomás por una bañada  
que en Jueves Santo se dio.

Lanza tu red de cuerdas, pescadora, hacia fuera  
del agua. Lanza tu red ansiosa, con la urgencia  
de un hambre que empezó genital, que  
empezó femenina, pero que ahora es hambre  
desnuda y nada más, hambre sin condiciones.  
Sobre el aire estancado de la charca, la  
estructura del canto está crispada de hambre.

Es hambre lo que vuelve  
tus dientes de pescado, de escamas tus caderas,  
de huesitos de piedra  
la extenuada cintura de tu guitarra niña. Lanza  
tu red de cuerdas hacia fuera del agua,  
pescadora. Lanza tu red  
y canta.

Canta las dolidas coplas, con tu llanto de  
tlanchana,

de don Juan Lorenzo, el conde, y su hija menor,  
la hambreada  
que un día quiso morder carne, en carne de una  
manzana  
prohibida por masculina, por plebeya, por ajada,  
carne de un caballero, que subió por tu  
ventana  
atrapado en una red de cordajes de guitarra.  
Bocado feliz de carne, boca del hambre saciada  
con la carne del jinete que salió, por la mañana,  
junto con toda su carne, de tu carne de  
muchacha.  
Canta las dolidas coplas, con tu risa de  
tlanchana,  
de don Juan Lorenzo, el conde, que vio a su hija  
deshonrada  
y loco de rabia y celos, resolvió lavar la mancha  
con la sangre de su hija y la sangre del que  
amaba.

Pero, dime, tlanchana, ¿no se llamaba Ácis aquel  
caballero?  
¿No era pastor de cabras en la antigua Sicilia?  
Don Juan Lorenzo, tu padre, ¿era en verdad tu  
padre,  
o era tu pretendiente? ¿Y no era en vez de conde  
un gigantesco cíclope  
de nombre Polifemo?  
¿No eras más bien una antigua nereida  
que una joven condesa colonial? ¿Eras Josefa tú  
de Altamirano? ¿No era entonces tu nombre  
Galatea?

Canta las dolidas coplas, desde tu hambre de  
    tlanchana  
de don Juan Lorenzo, el conde, y su hija  
    asesinada.

Lanza tu red al aire, pobre tlanchana,  
que el jinete está cerca y el caballo se cansa.  
Lanza tu red de cuerdas, desde tu charca,  
porque tu charca tiene  
cada vez menos agua,  
menos carne tu cuerpo  
y tu guitarra.

*El cabrón de sir John Falstaff, el burlesco canalla  
    shakespereano,  
lo canta en la cantina: La cantinera Mistress Quickly  
era como una bestia. Como las demás hembras,  
unía bajo sus faldas la carne y el pescado,  
y no podía saberse (según él) cómo había que tomarla.*

MRS. QUICKLY:  
¡Es injusto que digáis eso! Vos, como cualquier  
    otro hombre,  
sabéis perfectamente por dónde tomarme,  
    canalla.

La objetividad de las mercancías, en cuanto  
    valores, se diferencia de mistress Quickly en  
que no se sabe por dónde tomarla. En  
contraste con la objetividad, sensorialmente  
burda, de las mercancías como cuerpos, ni un  
solo átomo de sustancia natural forma parte

de su objetividad como valores. Por ello, por más que se dé vuelta y se manipule una mercancía cualquiera, resulta inasequible en cuanto cosa que es valor. La sirena de la mar me dicen que es muy bonita. Yo la quisiera encontrar, pa' besarle su boquita; pero, como es animal, no se puede naditita.

*Resulta inasequible, en cuanto cosa:* la mujer, la tlanchana, la peligrosa bestia de las charcas cada vez más reseca, con los brazos tendidos hacia el hombre, hacia fuera del agua, toda ella reducida por el hambre a dientes de pescado, a cosa, a cosa inasequible pero hambrienta.

Lanza tu red al aire en busca de un jinete, un bocado amarillo de carne de maíz, de manzana, un bocado de carne sorprendida en el fondo sin fondo de tu boca. En el fondo sin fondo de tu boca, tu hambre ha de vengarse en el jinete de sí misma. "Haciendo a un lado tu condición de mujer", tu incondicional hambre es una victimaria anterior a cualquiera de tus víctimas: es un macho anterior a cualquier macho: es el honor del conde Juan Lorenzo, tu padre y asesino, y es Polifemo y su pesada piedra, la obediencia que exige el Jueves Santo, que te niega mujer y te vuelve tlanchana y te hace "inasequible en cuanto cosa". Mas se acerca un jinete y tu hambre masculina

ha de vengarse pronto de sí misma. Lanza tu red  
de cuerdas hacia fuera del agua, pescadora,  
que puedo oírte y vengo  
galopando.

## PANFLETO

Ya llegará el momento de los himnos: Memoria  
mientras tanto. Mientras tanto salir, interrogar  
la senda circular de las voces, los ruiditos  
profundos y marinos  
de la lengua tezontle; sacarle a la piedrita del  
lenguaje  
ecos inusitados, contener en sus centros el cruji  
de las letras, contener la memoria, pero nunca  
los pálpitos de sangre, pero nunca el aliento,  
pero nunca. Como rezar, hablar, recordar con  
la lengua y así llegar a ser  
como la almeja toda, toda lengua. Hablar en el  
papel y en el sonido, para no quedar fuera de  
esta cábala abierta, de este hervidero popular  
del habla, este guiso de pobre --olla de  
sobras--, canto latente así, pegado al suelo,  
memoria rumorosa y subterránea  
de los antiguos árboles de canto.

No cantemos aún, pero nunca dejemos  
que se apaguen del todo las brasas de la lengua,  
pero nunca olvidemos el humano camino  
de la voz hacia fuera. No cantemos aún, todavía  
no: no ha llegado el momento de los himnos.

No olvidemos la letra de la canción que dice, por  
ejemplo: Vino el 6 de febrero  
y desde entonces el cuerpo inmenso de nosotros,  
cada vez más helado y más inmenso, ha

podido atisbar entre las rayas  
luminosas y blancas  
de su propio dolor intermitente, cómo van  
separándole una vértebra, la piel del muslo, el  
codo, cuatro muelas, la falangeta apenas del  
meñique, la sien izquierda, el páncreas: los  
pedazos de cuerpo  
mutilados, cortados, separados, caídos tras las  
rejas: los hermanos de todos, los Cerezo, los  
de Guerrero, los de Chiapas, los de  
Guadalajara, los de Atenco, Oaxaca, Isla  
Mujeres, San Xavier, San Isidro, los del caso  
Tzompaxtle, y los de Yucatán:

Atónitos, sus muebles  
se miran a sí mismos  
en el espejo negro de una tele apagada.

Recordemos la letra, por ejemplo, de la canción  
que dice: Flor de los diez mil ojos incapaces de  
ver, ángel de las espadas, no habrá extorsión-  
canción que desafine  
en tu orquesta de rayos y toletes. Enjambre de  
granadas escupidas  
de un pecho espeso en órdenes de pánico, dicen  
los más ingenuos que te componen hombres, o  
lo que fueron hombres. Opacidad de escudos,  
noche negra de botas sobre la tierra negra,  
humareda de gris; cuán infinitamente frágil  
resulta, pese a todo, tu muralla fluyente de  
niebla uniformada, tu rebaño de miedos,  
frente al paso posible de la luz y la gente.

Cantemos en voz baja tocándonos los cuerpos,  
para sentir al cuerpo colectivo  
regenerando poco a poco el páncreas, alguno de  
los dientes, la piel del muslo no, la falangeta  
apenas, lo indispensable apenas para seguir  
andando, para seguir bailando, para siempre  
incompleto. Porque la piel que queda es sin  
embargo más, es mucho más y es más  
que suficiente  
para ser cuerpo y nervios y, por ello, para sentir  
placer (esta felicidad), y el cuerpo inmenso se  
nos congrega hoy, se nos calienta y canta una  
vez más, se nos enciende y ruge  
y hierve una vez más:

La multitud, el mar, la multitud: somos este  
paisaje de montañas  
en las letras de miles, de millones, de millones de  
hojitas y volantes pluviales, de volantes  
impresos y furiosos  
en una como tinta azul de lejanía. Son  
como la lejanía: Volantes y pasquines de azul y  
de voz alta, impresos en el humo celeste de los  
cohetes, en su rima sencilla de consignas.  
Niebla. Niebla de griterío y de marabunta, en  
la mucha gargantade la gente. Voces. Voces de  
júbilo y de lluvia, voces anaranjadas  
de grama y griterío, como los aguaceros. Gritan  
como los aguaceros.

El mar. La multitud. Los pasos y los bordes  
de la lluvia. La artillería tonante de los pasos.

Precí  
samén  
teaquí, precisamente. En este colorido alegre de  
basura, en este carnaval  
de cáscara y carencia: ahora el verdadero, el  
enorme paisaje natural, turistas: El país. Miles  
de inteligencias.  
Y aquí la multitud, el mar, la multitud. Paredes,  
precipicios, cañones abismales,  
el horizonte inacabable somos. Somos el azul gris  
inacabable. En este carnaval de cáscara y  
carencia, cáscara y humo, cáscara  
de mandarina y cohetes y comida chatarra:  
esta felicidad, este aguacero ahora, estas  
pancartas  
abiertas para el viento, sus agujeros para el  
viento somos.

El mar, la multitud, el mar. El mar aquí, somos  
aquí la piel, la piel abierta, abierta y discontinua,  
manchada y roja y cálida del mundo,  
la multitud, cálida y olorosa: Somos la piel del  
mundo. Ven.

Qué esperas, ven y abrázame. Un sonido  
absoluto, como de mar o como  
de silencio: la niebla de consignas. Somos la  
multitud, el mar, la multitud,  
esta felicidad aquí, posible, ahora, posiblemente  
ahora. Abrázame, qué esperas.

Aquí, la multitud, el mar, este aguacero, esta  
felicidad, el mar, la multitud,  
la multitud que canta:  
Muchíguese la risa, marimba vuelta en ecos

de color azafrán anaranjado. En brotes, brotes  
secos, rebelión repentina y en ristre:  
serpentina, flechas en el carcaj, la carcajada.  
Risa en los ritmos de  
la marejada. Muchíguese, levántese, camine,  
echémonos un faje aquí en el cine. Álcese al  
lodo todo  
lo aquí concupiscible, con Cupido apuntando  
frente a todo  
lo bello, lo risible de la vida maltrecha, risa a  
punto de flecha, punta de flecha, sí: los ecos  
y sus brotes. Nuestros obispos son, ya, corazón,  
como los zopilotes, en mi país de azúcar:  
animales folclóricos y bellos. Muchígate,  
marimba, corazón, los preladados, sin fe, mas  
con artículo  
de fe, son, corazón, salvados  
en su bello ridículo, en su cómica muerte,  
rendidos, redimidos, mejor entre más gordos,  
entre más reaccionarios; sácales con tu risa  
escapularios, dale a su cruz nuestros serruchos  
varios, nuestros muchos serruchos  
voluntarios. Serrúchalos con risas, con luchas,  
con ovarios. Muchígate tonante, corazón;  
muchígate tonante y hazte muchos,  
muchísimos serruchos, dispara nuestra risa  
muchigada... y a la chingada. Mi país es de  
azúcar, calavera. Tu flecha verdadera,  
marimba y carcajada, vuela hacia el orificio  
del culo del Santo Oficio. Hacia el involuntario  
sacrificio, con el que apenas nacen, el redentor  
ridículo  
que hacen (al orificio de ellos, corazón). Nuestros

obispos son  
animales folclóricos y bellos. Desde cada mujer  
con manzana y serpiente, desde su propio  
vientre, con carcaj y con brisa y marejada,  
dispara nuestra risa clavera, nuestra risa  
marimba, verdulera, siringa,  
siringa y sublevada.

Mientras tanto la lengua y la memoria, mientras  
tanto: paciencia. En el gozo sitiado de este  
como rezar, de este hervidero humano de  
placer y palabra, está la prueba, sí: la brújula  
nocturna. Ya llegará el momento de los  
himnos. Mientras, sobrevivamos por lo menos  
dos, dos con buena memoria, cantándonos  
canciones como cantan los locos. Como cantan  
los locos: en voz baja. Mientras haya lenguaje  
y carnaval, mientras nos quede historia,  
quedará porvenir. Por el momento, sólo  
recordar las letras. Por el momento, sólo  
paciencia de nosotros  
y pánico de ellos: Así que no, no cantemos aún.  
Ya llegará el momento de los himnos.

## BUENA NUEVA

Bájenle al radio, agucen  
los oídos: la dolorida fiesta del amor  
comienza. Su batir de caballos se despliega  
en la parte del tímpano en la que Thomas  
Müntzer  
muere martirizado en Xochicalco; Samotracia de  
Nike mutilada  
de amor por alguien más, seguramente. Lloren  
de amor, que existe Xochicalco, lloren de  
gratitud, que existe Müntzer (¿no ven que  
amanecí bucólico en mis héroes?).

El nauseabundo olor a sangre generosa  
me dobla en una arcada de ternura; color amor  
menstrual, color humano, dulce hormiguero  
de alazanes moros. Cada herida sangrante  
es una Nike alada de alazanes  
que por amor renuncia a seguir siendo dama  
y se rebaja a diosa y se me entrega. Su abandono  
no exige nada a cambio; sugiere apenas que  
con ella ascienda a morder los pezones  
de las obesas nubes cistirsenses (¿no ven que  
abajo hay sed de lluvia y leche?).

El olor nauseabundo a sangre generosa  
me vence y me enamora, Venus de las monturas.  
Óiganla por favor: Ya truenan sus caballos. La  
fiesta del placer, la dolorida, poco a poco  
comienza (¿no la oyen?).

## PURGATORIO

Por tus arterias subterráneas corre  
nuestra mala consciencia, ciudad mía. Puesto  
que nos dejamos  
arrebatar la luz durante la mañana, de una  
estación del metro a la siguiente, de todas las  
colonias, de una ventana a otra, ahora la  
medianoche se interrumpe  
con las luces prendidas de este desvelo mutuo,  
de nuestro insomnio público y socializado.  
Cuando había que gritar, apretamos los labios.  
Cuando había que ponerse en el camino para  
iniciar la marcha, preferimos hincarnos. Es  
como si tus casas  
hubieran entregado su derecho a los párpados.  
Cuando había que escupir, besamos el anillo.  
No tuvimos saliva suficiente, garganta  
suficiente al fondo de la boca.

Y ya no habrá edificio que concilie el sueño. Hoy,  
los millones de ojos  
abiertos en la piedra  
de la banqueta al cielo brillarán por la noche  
y mantendrán prendida su luz enajenada, como  
la penitencia de nuestro colectivo, de nuestro  
gigantesco  
pecado de omisión. Mientras la luz sea ajena, no  
han de cerrarse nunca los ojos del concreto  
ni ha de amanecer nunca de este insomnio.

## VENGA GENTUZA

Venga, gentuza horrorosa. Venga, sí, gentuza,  
gasta  
la pasta terrosa y basta que rabia adentro reposa.  
Sácala del centro y goza  
del centro tuyo tu rabia, de mi arenga vulva y  
labia. Venga, gentuza, la renga  
marcha de los muladares: jadeante, puerca,  
renqueante, con su escarcha de millares  
de prostíbulos, de fábricas, de lúbricos lupanares  
como de honduras precámbricas de ya agotada  
paciencia, esa indecente violencia, toda hecha  
de gentecita, toda de gente que grita  
e irrita los buenos modos  
de todos: ruleta rusa: tómalas, gentuza, y usa  
ese fondito de rayos  
contra los cielos serenos  
de los buenos. Usa, gentuza, tus truenos. Venga-  
de-ahi, gentuza y truena: carajo, caray, que  
suena (jerga canera y canora, agenda puntal  
que implora) tu hora de la venganza. Lanza,  
gentuza tu danza  
de balazos firmes, ciertos. Piernas y brazos  
abiertos. Venga ya, gentuza, venga  
a balazos  
a tus muertos.

## EPÍSTOLA DE LUZBEL

*Es preciso que cumpla ante los dioses  
el castigo de su crimen  
para que sienta el poder absoluto de Zeus  
y abandone su amor por los humanos.*

— ESQUILO

Con alas, con sobaqueras, con espadas de fuego  
calibre .38, ángeles judiciales me trajeron aquí.  
Aureolados de rubio tras los anteojos negros,  
el más alto avanzaba sin dejar de insultarme  
y el más gordo callaba. Siniestros como cifras de  
altura incomprensible, eran como dos ráfagas  
de una misma actuaría. Con alas, con  
sobaqueras, relucientes y hermosos como  
empinados nimbos, me trajeron a rastras a  
este rincón inhóspito, junto al fluir insomne de  
la carretera, al borde de la piedra  
cristiana de la culpa. Me trajeron a espaldas de  
todos los mortales  
que habitan en las dunas de la sagrada Asia, de  
las guerreras vírgenes de la tierra de Cólquide,  
de las hordas de Escitia  
y también de la flor belicosa de Arabia.

Con alas, con sobaqueras, un código penal y una  
pistola enhiesta, ansiosos de combate latían en  
sus braguetas. Los traté de botones de un  
hotel de provincia. Les ofrecí propina  
y eso los volvió locos. Cuando estuvieron hartos

de golpearme  
con sus fustes de luz, el ángel gordo  
supervisó las obras de mi encadenamiento. El  
otro fue a orinar. Luego se fueron. No  
pudieron gastar toda su rabia  
y eso los dejó tristes. Me dejaron a solas  
junto a la infinitud de mi condena. Imagínate,  
amor, la impotente ebriedad de los agentes  
(no olvides que te escribo para hacerte reír).

Señor de los Ejércitos, Padre de los Felices, *Él*  
tiene ideas muy fijas con respecto al amor. *Él*  
amó a Su criatura con un amor abstracto  
y se puso de ejemplo. Eres tú Su criatura, no lo  
olvides, como aquél es Su coche, como aquella  
Su casa, como éstas Sus hectáreas infinitas de  
tierra. Yo en cambio amé tu carne, tus olores a  
cosa  
material, deletérea, tus defectos concretos y  
específicos. Y eso no le gustó, porque a  
Sus altos ojos, no hay mayor arrogancia  
que investir esos cuerpos bajos como los lodos  
con pasiones divinas que sólo *Él* se merece; y  
todo amor concreto que no sientas por *Él*  
constituye la peor de las lujurias. Por eso hay  
esta roca pesada como el mundo, en que mi  
cuerpo habrá de marchitarse, por eso esta  
aprehensión, estos nudos de acero, sin  
vislumbre de Heracles que venga a desatarlos,  
y esa niebla medrosa que adivino en tus ojos.

Con alas, con sobaqueras, mis ángeles custodios  
se alejaron volando, para dejar apenas su

silencio  
y un rastro luminoso de plumas y de odio, un  
    polvillo de oro y una peste a tequila (imagina  
    su angélica  
cruda de la mañana). El silencio fue tal, que en  
    ese mismo instante  
extrañé sus insultos. Siendo seres de luz, de rabia  
    pura, incluso su ladrido furioso era melódico.  
Compañía pese a todo, abstractos e  
    intangibles, eran como dos perros de una  
    misma jauría. Imagínate, amor, cómo suena el  
    ladrido de los ángeles (no olvides que te  
    escribo para hacerte reír).

## INSTRUMENTOS

De mi padre, San Jorge y el dragón, el tiempo  
inoportuno  
articuló una misma sintaxis giratoria, con la que  
en las mañanas pronuncio mi condena, soy  
mi reprobación, el fracaso del árbol  
que mi padre plantara  
para dar *otros* frutos. Por Saint George, por San  
Jordi. Soy culpa en los rosales de la lengua. Yo  
soy mis instrumentos, pero mis instrumentos  
no los conoce nadie. Los instrumentos tuyos,  
padre mío, en cambio me vigilan desde el  
escudo de armas: historial crediticio de la cruz  
y la espada, el fuego color verde en el hocico  
del súper-yo y su brazo con guantelete verde,  
con la verde corbata de la jurisprudencia  
brillando en la armadura de ese cobre  
bellamente oxidado, de escamas verde cobre y,  
una vez más, la espada  
que se hunde cada día en su propio pescuezo de  
almidón y de seda  
de caballero andante y reptil gigantesco  
y culpa en los rosales de la lengua española. Y  
creo ser la sintaxis giratoria  
en la que se articulan las voces destempladas  
de mi padre, San Jorge y el dragón.

Delante de mi padre, San Jorge y el dragón, mi  
pánico al dragón, mi muy escaso gusto por  
escudos y espadas, me han forzado hasta hoy

a cargar esta herencia, a ser como la herencia.  
Por san Jordi y el mito. Mito catalanista.  
Catalanista, mato. Me mato cada día, yo  
dragón, yo San Jorge, y me abro la garganta  
con esa espada ajena

y nadie cree que pueda  
cambiar nada. Pero mis instrumentos  
no los conoce nadie.

Pero mis instrumentos  
no los conoce nadie: Yo soy mis instrumentos.  
Hoy dejaré caer  
espada y guantelete  
para empuñar sonriendo un prosaico taladro con  
mis manos de niño. Conectaré el taladro, con  
mis manos de niño, para matar, con un golpe  
de broca, esa sintaxis verde, esa rueda dentada  
en la que se articulan, matándose, las sombras  
de mi padre, San Jorge y el dragón.

## PESCADORES

Vengo de la ciudad, perdí  
toda la pesca. La ciudad no se hunde; son  
ustedes, los escandalizados, los que se hunden  
en ella. En Veinte de Noviembre, en Pino  
Suárez, en Izazaga y en Chapultepec, la calle  
está encrespada como nunca. Vengo de la  
ciudad, traigo los labios  
ardiéndome en la cara como una flor sangrienta.  
La ciudad no naufraga, naufragamos nosotros.  
Pude escuchar su música tronando  
incontenible  
junto a la maquinaria de las obras. Su magnífica  
furia de carros y bocinas, primordialmente  
acústica, golpeaba con los puños las ventanas.

No van a regresar  
los demás pescadores.

Pude escuchar crujiendo, por sobre los tejados, la  
arboladura negra de los cables; presencié la  
tormenta de limpiaparabrisas  
torturando en el aire las antenas. Isabel la  
Católica, Cinco  
de Febrero: todo el inmenso amor de la ciudad  
en forma de sonido, en forma de la rabia eléctrica  
del metro, se levantaba en olas gigantescas  
para embestir la proa de las casitas pobres. Vi a  
la ciudad en forma  
de espantosas sirenas

trepar por los balcones dando gritos. Las pude  
ver jalando  
del pelo a los marinos hacia abajo. Yo estuve ahí,  
lo pude ver, lo juro. Sus pequeñas iglesias de  
tezontle, ebrias y coloradas, soportaban el  
golpe furioso de los coches. Avenida  
Cuauhtémoc, Fray Servando, Viaducto. En la  
marea de truenos y de escapes, todos los  
timoneles extraviaron la ruta  
y hasta los grandes multifamiliares  
bregaban dando saltos al capricho del viento. En  
su fúrica espuma de desempleo y ratones,  
toda la densa flota de edificios  
crujía contra sí misma, tambaleante. Mientras las  
cucarachas saltaban de los puentes, los  
funcionarios de la oficialidad, entre voces  
inútiles de mando y jerarquía, cerraban los  
oídos al derrumbe  
general de las piedras. Eje Central, Doctor  
Río de la Loza. Vértiz y Niños Héroes. Vengo del  
gran amor furioso y desbocado. Vengo de la  
ciudad. Lo siento mucho. No van a regresar  
los demás pescadores.

## ¿QUIÉN SE LLEVARÁ EL TÍTULO?

En esta esquina, con su pantaloncillo tricolor: la Poesía Mexicana, el plumaje que cruza el pantano y no se mancha. Y en esta otra, sin calzoncillo alguno: el Pantano en persona. ¿Conoces el Pantano? Uno diría que sí: ya van doscientos años que empezó el primer round y, aunque te creas osteólogo, poeta, no es el osteólogo, sino el boxeador quien en verdad conoce la resistencia exacta de una quijada. ¡Cuás! (Los boxeadores son siempre morenitos en diversos matices. Es la condición dérmica de todo asalariado. Anda, di que nos pagan para vernos pelear.)

¿Quién se llevará el título? Que el título, como todo elemento en tus poemas, es una cortesía para con el lector. Quiero decir que mi pantano es de esos.

Quieres decir que tu pantano es de esos, pero no sabes nada del pantano. Ya van doscientos años de un round aburridísimo en que los boxeadores no se tocan. Y yo entiendo al Pantano: le da asco.

El pugilismo, por ser remunerado, no se llama trabajo voluntario. Nada hay de voluntario en todo esto. Más bien di que nos pagan para vernos sangrar. Y quien dice salario, dice

esclavo  
y dice circo y dice gladiador. Pero somos  
cristianos.

(Pero somos cristianos aunque nos dé vergüenza.

Quisiéramos ser leones, pero nos da  
vergüenza. Vergüenza debía darnos. Porque  
antes de decir su *Volveré*  
y su *Seré millones*, Espartaco

pasó doscientos años  
diciendo todo todo

se lo debo a mi manager. Su manager, su dueño,  
su lector, su esclavista. Pobrecito su manager,  
ya nadie le agradece. ¿Dónde fueron a dar los  
buenos modos?)

¿Quién se ha llevado el título? Ya cálmate.

El título: ya cálmate. Nadie se lo ha llevado.

Sigue arriba reinando, presidiendo la página:  
Quieres decir

que le vas al Pantano, que eres fan del Pantano,  
pero no sabes nada del Pantano. Para eso hay  
que golpearlo

y tú no lo has golpeado. Para eso hay que  
romperle la quijada, romperse los nudillos  
tratando de romperle la quijada. Maldigo la  
poesía

de quien no toma Pantano hasta mancharse. El  
réferi declara empate técnico: y el título se  
queda donde está.

Por ahora.

## NO SALEN ALAS, NO,

Nomás no salen. Por más que dos se amen, no  
sale ni una pluma. Memoria de cansancios y  
azotes sobrepuestos: la espalda del esclavo  
sigue siendo la misma. Latigazos. Le salen  
mal las cuentas, pésimamente mal, a quien  
espera ver los resultados  
que salen en la tele. Piedra de sol, la escuela, los  
anuncios de cremas  
anti-envejecimiento.

No tengo nada en contra  
del amor entre dos, ni entre tres, ni entre quince.  
Pero no salen alas. Es urgente que salgan, pero  
miren: ella y yo nos amamos  
apasionadamente  
y allá la espalda como si tal cosa, como si nuestro  
idilio  
en nada le atañera. ¡Porque en nada le atañe! Es  
urgente que salgan. Las alas. Es urgente. Pero  
nomás no salen. Hace falta otra cosa. Hace  
falta que salgan  
las cuentas claras y el chocolate espeso. Hace  
falta pensar  
cuál es  
esa otra vía, preguntarse por qué, qué buscaba el  
poeta (o no, la tradición  
que consagró al poeta) cuando escribió que  
cuando dos se aman... cuál era el tema que  
quería evadir, cuál ese otro camino

---

que no quería siquiera mencionar  
para escribirle al mundo, contra toda evidencia,  
que cuando dos se aman, que amar es  
combatir, cuando ¡no es cierto!, cuando que  
combatir (como lo deja claro su etimología) es  
combatir, lector, no te hagas pato.

(Combatir es amar, en todo caso)

## SOBRE LAS REVOLUCIONES DE LOS ORBES CELESTES

Ponte a girar y salta, porque lo que hace falta,  
aquí en nuestro nichito repelente, sin remedio  
ni cura, remedo de cultura, en nuestra sub  
-cultura

del

sub-occidente, es que llegue un pequeño  
sacerdote polaco, un médico polaco, un  
ancianito astrónomo

polaco, aquí a nuestro nichito

y, con un puntapié bien colocado, lo ponga en un  
estado

que lo calme y lo rete, que lo enferme y lo sane,  
que lo haga un poco engrane

y un poco

rehilete: que inicie un tumultito, Nicolás, que  
inicie una revolución que nos enfrente a las

r e v o l u c i o n e s (aunque sea de los orbes  
celestes nada más) y nos gire instrucciones entre

giros agrestes, girando a tropezones y  
gritando a la cara

tan dura y arrugada

de esta mi sub-cultura

que nada: Ni tú

ni tu consciencia

son el centro

de nada: son funciones de un sol mucho más

grande (que se levante y ande); que, sin  
saberlo, tu consciencia gira

en torno a él: diariamente lo mira  
ponerse por la tarde  
atrás  
del horizonte  
como se pone un huevo, rinoceronte gigantesco y  
ciego, y salir nuevamente por el este, por el  
orbe celeste, como brotan las rosas, como salen  
las cosas  
si todo sale bien. Lo ve una vez  
y dos  
y lo ve cien. Se considera bella (tu consciencia).  
Poniéndose lo ve  
y en su inconsciencia cree  
que en torno a ella es él (el sol) quien gira. Pero  
no. Pero sí. Poniéndose lo mira  
y a sí misma se admira  
de su propia grandeza. Imagina que to-  
do el universo gi-  
ra en torno a su cabeza. Sólo gira este verso,  
mira: Qué belleza.

## CANCIÓN DE LOS ESTRANGULADORES

En ciudades y aldeas, los que nunca pudieron,  
    los miles que murieron  
en selvas, en desiertos, los millones de muertos  
a los que fue imposible costear la cremación  
    (quien no puede pagar  
su combustible  
tampoco ha de pagar su combustión) son dejados  
    al Ganges milenario. Paciente, la corriente  
los lleva hasta al estuario. Barquitos son,  
    simulan. Pasando por ciudades y desiertos, los  
    pobres se acumulan. Se acumulan los muertos.  
    Sus huesos y caderas, sus tendones  
son cuerdas  
y sus carnes maderas  
sobre las ondas suaves, tripuladas por aves  
carroñeras. El Ganges milenario  
los arrastra al estuario, los deja acumularse y  
    acabar de podrirse  
en el agua estancada. Los Sunderbunds practican  
su emboscada  
y no los dejan irse. Los quieren, los envuelven...  
    Los Sunderbunds se vuelven  
la guarida perfecta  
de cierta antigua secta: Custodiados por una  
    impenetrable  
urdimbre de infecciones y de hedores, se reúnen  
    ahí  
los Estranguladores  
en cumbre silenciosa, a servirle a su ama, que es

la diosa del mal. Es Kali. Su santuario  
llámase en sánscrito Fondo Monetario  
y en hindi se conoce  
como Banco Mundial.

Sangre de empleos para la diosa Kali, sangre de  
sindicatos. La matrícula exangüe de la  
Universidad, las fábricas cerradas, los países  
en el ennegrecido altar de la pagoda. Sangre de  
las industrias, sangre de los ejidos, sangre del  
Instituto  
del Seguro Social.

La terrible deidad está saciada, por este año  
fiscal.

Los Estranguladores no merecen  
que consideres su labor sectaria. Sus rituales son  
bellos, su función  
necesaria. Para que el universo no se acabe (y  
con él su carrera) es necesaria el ave  
carroñera. Gracias a ellos (los estranguladores),  
aún corre paciente  
la corriente  
y aún gira la noria  
de la historia. Pues gracias a la fe del buen  
creyente, gracias a los señores, activos y  
despiertos, sobrevive el presente  
con su flujo de olores, con su flujo  
de muertos.

## MIENTRAS TANTO

En la última línea de esta página, van a matarlo a  
Mariano Ferreira. Y mientras tanto  
esbozaremos una  
historia del enunciado en las construcciones  
lingüísticas. O el mal. O del malbec. O algo.  
Porque el lingüista mismo  
dice que  
porque el lingüista se  
siente mejor a mitad de una frase. A la mitad del  
velo, o del malbec, o algo  
y cuanto más se acerca  
a regiones que rozan el discurso (tropos de carne  
a las ideas abstractas, dijo rozar, dijo acercarse,  
dijo lengua), a la totalidad del enunciado,  
tanto menos segura  
se vuelve  
su postura. (Van a matarlo justo en la mitad  
de la última línea. Pero) Bala el lingüista en el  
papel, y mal. Lo que hace al él, lo que hace es  
carecer, carecer totalmente de un enfoque  
total. O del algo, del mal  
o del malbec (a Mariano, por trosko, los  
dirigentes charros del gremio ferroviario). En  
mi página blanca de lingüística  
se aproxima la última  
letra hacia la letrina. Una y trina, la tela  
viene y va, la tela va, la tela ante la ba-  
la, en la última lí-  
nea de esta página, va. Pero no, porque el único

obje-  
to de esta página está  
en problematizar  
el fenómeno, el coso, el coso éste, este mal: la  
trasmisión de lo que se conoce  
como discurso ajeno, o la letra de tacto, sin caer  
en un mal  
de objetivismo abstracto, desde un lógico  
enfoque  
sociológico. (A mariano Ferreira. Los gángsters  
sindicales  
ya contrataron al. Ya se viene el final.) Balandó,  
blanca la tela  
de su camisa blanca. El algodón dispuesto  
al de repente brote del malbec. La tela blanca  
balando. Una ovejita de algodón, balando.  
Hay un camino más: el cómo se genera la  
palabra  
en la palabra misma. La historia del malbec, del  
mal, del algo, de la filosofía de la palabra, o  
mejor de la historia  
sólo de la palabra en la palabra. Balandó la  
inocente, la ovejita, la blanca  
página de algodón. Bala casi final, bala la línea.  
El de repente brote del malbec. Un golpe seco,  
el eco  
del acaso, del caso  
de la línea final. Llegó la última línea: el eco  
del balazo.

## JUGAREMOS

Bajo las tablas de la comedia, por los antiguos  
    túneles  
donde sólo circulan suciamente  
ratas y tramoyistas, hoy merodea un gran lobo  
    colorado. Debajo del tablado  
y el mundo. Todo el mundo  
lo sabe: Hay más de treinta actores en escena  
    grandes celebridades) y todos ellos cantan  
    disfrazados de niños; pero, por más que  
    acorten  
sus silencios y pausas, el escenario entero se  
    levanta  
y desciende de nuevo al respirar del lobo, como  
    en un vals asmático y en contrapunto  
con la celeridad artificiosa  
de cuanto que ocurre arriba, con su ritmo  
    perfecto. No sé si sea correcto  
llamar lobo  
a este presentimiento, a ese olor impreciso a  
    peligro tangible. Bajo las tablas de la comedia,  
    fluye  
cual chapopote líquido. Debajo del tablado,  
    un chapopote negro  
de  
tan colorado, subyaciendo al olor de los  
    perfumes  
de la primera fila  
y al de las palomitas de gayola. Bajo las tablas de la  
    comedia, cruza, navega espeso y torpe

---

como gota de sangre. Como sangre de pobre, un lobo  
colorado. Siendo más afamado  
que las celebridades, nadie le ha dado nombre.  
¿Para qué? Colorado y oculto, el enunciado  
culto  
lo rehúye. Mientras, el lobo crece  
y el público parece  
que lo intuye. Ciertamente lo intuye el personal  
de tramoyas  
e incluso los actores, mas no los personajes que  
interpretan  
y por lo tanto no lo intuye nadie. Nadie acepta  
su reto. No existe, no figura  
ni como figurante en el libreto. ¿Para qué darle  
nombre a un lobo que no existe? ¿De dónde  
vino que vino  
este olorcillo a gárgola? De afuera vino barato, a  
gárgola por los tubos, por las alcantarillas  
asquerosas del centro (porque gárgola es  
monstruo, pero también desagüe, cuneta,  
desaguadero. Sangradura y achique. ¿No me  
cree? Verifique). Y los actores disfrazados de  
niños  
y los actores cantan  
y los actores hacen  
una rueda y cantan  
y los actores, disfrazados de niños, le devuelven  
al público  
la magia, la perdida simpleza: que aquí no pasa  
nada, que no hay más realidad  
que la del escenario, porque lo dice el texto,  
porque sí  
y que el espectador



## EN EL ESCAPARATE

Canta allá en su balcón la mercancía: El cuerpo  
de cualquiera de los otros  
encarna para mí  
la forma fenoménica de mi propio valor.  
Niveladora y cínica, me ofrezco, más de lo que  
quisiera, a cambiar con cualquiera, así tenga el  
encanto  
de la criada asturiana Maritornes (ancha de cara,  
llana  
de cogote, de nariz roma, del  
un ojo tuerta; del otro no muy sana: del  
un ojo tuerta; hay que reconocerlo, la gallardía  
del cuerpo  
suplía las demás faltas: no tenía siete palmos  
entre pies y cabeza y las espaldas, que algo le  
cargaban, la hacían mirar al suelo  
más de lo que quisiera), así tenga su encanto,  
digo, dispóngome a cambiar, con ella o con  
cualquiera, no nada más el alma, sino también  
el cuerpo. En términos de plata, mi precio es la  
expresión de ese valor (que a nivel  
fenoménico, repito, se me muestra  
como el cuerpo del otro, de cualquiera), la  
lánguida mirada que le lanzo al dinero (me  
hacen mirar al suelo más de lo que quisiera);  
pero el curso, oh Hermia, pero el curso  
del amor verdadero, como dijo Lisandro, nunca  
es fácil. Y hay veces que el dinero, al que  
amorosa miro pasando por mi calle; hay veces

---

que el dinero, sintiendo desde abajo  
mi mirada anhelante; hay veces que el dinero,  
volviéndose a mirarme,

no me alcanza.

## UN PROBLEMA DE LINGÜÍSTICA MEDIOEVAL

Los barones normandos no entienden el sajón.

Así, si un campesino dice, por ejemplo, que el diablo merodea en el Bosque Nuevo, los barones escuchan solamente un quejido de hambre ladrado en lengua bárbara que no vale la pena descifrar. Siempre es lo mismo.

En todo caso, no. ¿Cómo no ir a cazar al Bosque Nuevo, si para eso se hizo? Para tener a mano un buen coto de caza, unos diez años antes, los barones normandos quemaron las aldeas, arrasaron las tierras de cultivo y en su lugar plantaron árboles enormes y poblaron con ciervos importados de Escocia los antiguos trigales. Ahora los campesinos aseguran que el diablo merodea en el Bosque Nuevo. Ah, pero los normandos no entienden el sajón.

Hoy Guillermo II, el de la cara roja, conocido también como Guillermo Rufus, descendiente lejano de Rollon el errante, hijo de otro Guillermo, apodado El Bastardo cuando vivo y que pasó a la historia como El Conquistador; hoy, Guillermo II, el de la cara roja, el hijo predilecto de Matilde de Flandes

---

y el hermano menor de Roberto Curthose,  
Duque de Normandía que partió a las  
Cruzadas y que quizá no vuelva; hoy,  
Guillermo II, que nació al otro lado del Canal  
y no entiende el sajón ni ha de entenderlo nunca;  
hoy Guillermo II, el disoluto, escándalo del  
mundo por sus vastas orgías, el que no ha  
procreado herederos varones, el azote de  
Gales y de Escocia; hoy, Guillermo II, el rey de  
los ingleses, sale de cacería hacia el Bosque Nuevo.

Hoy una flecha sale  
de lo oscuro del bosque, donde ayer hubo trigo  
amontonado y aldeanas regordetas y  
hortalizas  
y hoy sólo hay grandes árboles y ciervos. Hoy  
una flecha sale de lo oscuro del bosque  
y no encuentra en su ruta ningún ciervo  
y no encuentra en su ruta ningún árbol. Hoy una  
flecha sale de lo oscuro del bosque  
y recta va a clavarse, habiendo tantos árboles,  
habiendo tantos ciervos, precisamente en el  
pulmón derecho  
de Guillermo II, el de la cara roja, el rey de los  
ingleses.

Dicen los campesinos  
que el Diablo merodea en el Bosque Nuevo. Ah,  
pero los normandos  
no entienden el sajón.

## LA BELLEZA

Allá en el centro, allá, la muchacha con miedo  
de arder un día en la luz de la cocina  
de casa de su padre (el viejo de setenta trajes  
viejos, capaz de abrir  
a la muchacha en dos, como a una mandarina),  
tan deshecha por dentro, la muchacha  
del secreto tatuaje al bajo vientre, la muchacha  
maltrecha  
aprovecha un minuto el desempleo de Luis,  
muchacho cacarizo pero bello, para besarle el  
cuello, para pedir a gritos que se calle,  
empapada y abierta  
y gritona, la calle  
y pegar su secreto al secreto de él, bajo la luz ya  
ciega del cartel  
de un McDonalds en quiebra.

Allá en el centro, allá, muy dentro de la carne,  
pero en la carne misma, Luis recuerda una  
línea trémula de adjetivos  
de un bolero terrible: No la dice. Por no parecer  
cursi, se la canta a sí mismo por dentro  
y no la dice. Antes del centro, allá, siempre más  
antes, el abuelo de Luis tocaba la guitarra:  
"Para que cantes, Luis, para que cantes." Pero  
entonces cantaba  
sólo el viejo  
y nadie lo seguía. Cantaba mal, tocaba mal  
el abuelo de Luis  
pero no lo sabía. Hasta el año pasado trabajaba

detrás de aquella puerta donde ahora hay un  
banco, antes del centro, allá, en la calle Río  
Alberta, justo atrás de Polanco. Ahí lo conocí  
yo, en la planta de Chrysler  
que cerró: Échele sal, abuelo, pero poca. No  
puede comer sal y  
casi  
nunca toca. Sin empleo y sin guitarra, sin guitarra y sin  
sal, creo que se ha dado cuenta  
de que tocaba  
mal. Ahora al nieto le apena  
ser de pronto tan tonto y tan feliz  
y para no ensuciar de rayas blancas  
la oscuridad del centro como cebra, se traga  
junto al beso la risa, la palabra, y deja que ella  
baje al secreto de él, bajo la luz ya ciega del  
cartel  
de un McDonalds en quiebra.

Allá en el centro, allá, la muchacha con miedo, la  
belleza total que reconozco, es ésta y nada  
más: el amor y la rabia, los sonidos  
que ocurren ahora mismo, aquí en la milagrosa  
decadencia  
de este capitalismo donde aprendí a cantar,  
donde, gracias al mundo, el mundo va a  
cambiar  
y donde tiene miedo al mundo el policía. Y estoy  
de buen humor, aquí y ahora, y escribo del  
amor y las luchas continuas, de Bimbo y de  
Barcel, de un macho de muchacho y una  
hembra, besándose a la luz  
ya ciega  
del cartel  
de un McDonalds en quiebra.

## CASI SON

Suena un silencio detrás de cada cuadra, como  
un tambor.

Y en cada resonar  
hay un orisha armado. Y el silencio es Changó,  
Santa Bárbara bendita, suene el silencio y  
repita: Es Changó. Es Changó. Es Changó.  
Dale que dale  
y dilo: dale como el silencio  
batiente del tambor, hasta que las palabras  
ya no tengan sentido: que's Changó, que's  
Changó, bordeando el malecón  
lúbrico y disfrazado, travestido, de nuestra Santa  
Bárbara  
inmensa y venerada, de arroz, blanca de arroz,  
disfrazada a su vez  
de joven miliciana, con fusil M-1, disfrazado de  
hoz.

El guerrero yoruba  
de tal silencio armado, tan viril, tan viril, tan viril  
es Changó. Porque el silencio solo que da  
espanto, tanto de pronto y tanto, de pronto  
disparó. Es el caimán y el son, erizado y  
montuno, de cañas y fusiles M-1, insensato y  
mulato, y así  
como mambí, como me gusta a mí, el fusil M-1  
con la palabra no

---

ya enarbolada, Santa Bárbara y todo, la isla  
miliciana, desvestida y armada  
y también yo.

Es un disparo atrás de cada caña  
y entre el calor. Y en realidad es esta miliciana,  
disfrazada en el ruido de La Habana, toda de  
Santa Bárbara (pero también  
soy yo), de la santa española de encajes  
adornada, a su vez disfrazada  
de Changó.

## EN CANA: SANTA MARTA

No. No es gris. Lo que por convención poética  
    llamamos gris  
es apenas un biege de claridad uniforme, un  
    parduzco estival de tiempo acumulado  
cuyo lento proceso de podrirse  
duerme ininterrumpido por el flujo del aire. Por  
    este cielo beige  
no vuelan pájaros. Sobre las alambradas, por  
    encima  
del pasto o el cemento, todas las superficies son  
    de polvo. Palimpsesto de huellas, quedan sólo  
retazos de significado: basura de palabras  
judiciales; meses; años quietos ahí, como  
sedimentados en discursos inmóviles; unas  
catorce hectáreas en un momento estático;  
jirones de guitarras-marioneta  
lánguidamente rotas, desgarradas por décadas  
de uñas. Quedan sólo las sílabas partidas, la  
    mecánica ciega de las estaciones, de las cartas  
de amor descompuestas en polvo  
beige y dudosamente enamorado. Todos, todos  
    los tonos concebibles del beige  
son siempre exactamente el mismo tono: el  
    imborrable no-color de la arena  
de este reloj enorme. Desde las muchas cosas  
    interiores, va decantándose el exacto matiz  
de lo artificialmente detenido. Y beiges son los  
rostros y las rejas. Y beiges las paredes. Y  
beige la pobre ropa que los presos se tejen

con esa dignidad pepenadora  
y las sobras del tiempo. Nadie escapa  
a la lenta ceniza del beige en su espesura: ni el  
    principesco cábula con su corte de monstruos,  
    ni la borrega vil por más que ponche, ni el  
    compulsivo brazo del nahual, ése a quien  
    nada humano le es ajeno. Incluso el barrio  
    pobre que rodea  
la inmensa barda como una mala madre, el  
    blanco siempre abierto de los ojos, las  
    armaduras negras de los simios, la sangre  
    ocasional  
y hasta el azul sin nubes de finales de marzo  
son aquí de ese límpido, de ese transparente  
color beige. ¿Qué ha de decir apenas un turista?  
    Después de dos, de seis, de nueve años, dudo  
que sea posible hallar ese color  
quieto en algún resquicio mínimo del mundo, sin  
    caer en un shock de pupilas quebradas, en un  
    derramamiento  
de agujas turbias bajo los lagrimales. Así que no,  
    de ninguna manera. Lo que por convención  
    poética llamamos gris  
es más bien ese beige, único e imposible, que  
    escurre de la boca de un Cronos detenido  
en este solo y largo instante fotográfico  
de comerse en nosotros, en todos, a sus vástagos.

*Para Justino y Eric:*

*Que salgan pronto.*

## TANTO PUDIESE EL SON

Si este ciego teclado  
fuese un telar fructífero de cuerdas, tejería en tu  
pantalla con tapices sonoros  
la plaza de indigentes que nos une; y si te  
interesara  
su epopeya punteada de chiripas, fabricaríamos  
juntos la partitura móvil  
que nos anclara al mundo y su pecado. Si este  
ciego teclado.

Si su llama prendiera  
en tus ojos de hierba indiferente, tanto sería el  
incendio de timbales y trueno, que la miseria  
se elevaría en humo. Y si en tu yesca húmeda,  
por décadas de noche acostumbrada, nuestra  
música histórica encontrara refugio, todo sería  
en su fuego la madera. Si su llama prendiera.

Si tuvieras oídos  
para el grito asonante de los huesos, añadirías tu  
voz con mi voz al estruendo  
y por quedarme atrás me insultarías. Si en mi  
computadora  
tanto pudiese el son que en un momento  
despertase la ira de tu animoso viento,  
no estaríamos hambrientos ni perdidos. Si  
tuvieras oídos.

## NOMBRES Y GATOS NEGROS

Un nombre propio apenas  
significa nada. Vincent St. John, ¿quién era?  
    Lo llamaban El Santo, pero ¿quién, quién lo  
    llamaba? Luego: ¿a santo de qué, qué  
    dirección, qué blanco  
de qué flechas, quién escribe y quién lee, quién lo  
    nombró? ¿Quince años  
de qué fechas, quién le daba ese nombre, quién  
    fue Elizabeth? No: Liz Gurley Flynn: una gata  
    y un nombre  
del color del hollín. Tres palabras delante  
de tres letras. Dime que sí. Una mujer, ¿quién  
    era? ¿quiénes y cómo y quiénes  
le llamaban así? Joseph Ettor y Carlo, Carlo  
    Tresca, Arturo Giovannitti. ¿Quién era Big Bill  
    Haywood? Un hombre de otro modo, un  
    hombre gordo y grande, un puro  
y un apodo, ¿para qué? Incendiado en las piras  
donde quiera que ande, será Joe Hill. Ralph  
    Chaplin. ¿Él quién era? Nombres  
o ni siquiera. Pseudónimos, mentiras. Hombres  
    todos de a pie  
con nombres de mentiras. ¿A quién mentirle y  
    dónde  
y para qué? ¿Quién los reúne ahora en un  
    espacio blanco, una pantalla sucia de moscos y  
    estornudos, quién amarra los nudos, quién los  
    lee?

---

Ben Fletcher, Hubert Harrison. Nombres y nada  
más, no demasiado bellos... pero sí. Dicen que  
recitar el directorio  
puede ser un poema. Mi poema  
va así: Fank Little, Eugene Barnett, Lucy Parsons:  
nombres que quemarían si se leyeran.  
Nombres de a pie, apretadas las manos.  
Nombres americanos. ¿Quiénes eran?

Pero todos los nombres  
son engaños. Tres letras, quince años  
y una pantalla sucia. Esto será un poema, te lo  
juro. Incluso un canto duro  
para voces humanas. Y una vez más Joe Hill y  
una vez más Ralph Chaplin, Charles Klaine,  
Jesús Rangel, George Hardy. ¿Dirán ellos mi  
nombre, entenderán si falto? ¿Para qué juntar  
letras, pronunciarlas en alto, qué cábala  
terrible hay en un nombre?

Es poco lo que queda y es mucho  
lo que falta: James Cannon, Rose Krasner, Martin  
Abern: nombres para leerse en voz bien alta.  
Jack W. Johnstone, Harrison George, Tom  
Mann. Esto será un poema  
y los nombres serán  
sus versos, te lo juro. Un canto puro y duro para  
voces humanas. Voces y caravanas cuando se  
sepa quiénes, de quiénes son los nombres: las  
mujeres, los hombres  
y los gatos de pie, gatos negros alzados, erizados del lomo,  
quién los llamaba cómo  
y para qué.

**Óscar de Pablo** (Ciudad de México, 1974)

Escritor y poeta mexicano. Destacado en la poesía y el ensayo. Fue Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de poesía, en 2003 y en 2004, también del FONCA. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 2004 por *Los endemoniados*, el Premio de Poetas Jóvenes de la UACM por *Sonata para manos sucias* y el Premio Nacional de Poesía Francisco Cervantes Vidal 2006 por *Debiste haber contado otras historias*.



## **Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:**

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.

30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
- 62. La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
- 65. Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.

- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas**. Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible**, Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra**. Cómics (no descargable)
- 74. Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado**. Antología de relatos sobre el narcotráfico.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
- 77. Canek**, de Ermilo Abreu.
- 78. La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
- 79. San Isidro futbol**, de Pino Cacucci.
- 80. Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
- 81. Otras historias**. Antología.
- 82. Tierra de Coyote**. Antología.
- 83. El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 84. Antología Neza**, de varios autores.

- 85. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana,** de Pedro Salmerón.
- 86. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 87. Topolobampo,** de José C. Valadés.
- 89. De golpe.** Antología.
- 90. Sobre la luz. Poesía militante,** de Óscar de Pablo.
- 91. Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas,** de Luis Hernández Navarro.
- 92. Teresa Urrea. La Santa de Cabora** de Mario Gill.
- 93. Memorias de Zapatilla,** de Guillermo Prieto.
- 94. Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible,** de Jesús Vargas Valdés.

Descarga todas nuestras publicaciones en:  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**



Este libro se imprimió en la Ciudad de México  
en el año 2014.

Para su distribución gratuita, es cortesía de la  
Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de  
México y Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.